

TELAS DE ARAÑA CON BASTÓN, CANARIO Y ABANICO  
(o ALPARGATAS DE ACERO)

Era una caja grande que, decía, alguna vez estuvo llena de polvorones y mantecados que ella no llegó a paladear jamás porque además de no ser golosa, que ya hubiera sido razón suficiente habida cuenta de que se trataba de manjares terriblemente dulces y compactos o eso al menos le habían contado quienes sí que los habían probado, anduvo ella perdida por acá y por allá - ella, digo, no la caja - y cuando quiso llegar del contenido original no quedaban ya ni las miguitas y sí sólo, contaba, un olorcillo avainillado y remoto a bronca y a tiranteces familiares a la puerta de un belén y a la sombra de un abeto que me indicó con su dedo gordezuelo sobre la tapadera de cartón un poco despellejada ya que luego levantó sigilosa, con mucho misterio - como con temor de que el contenido actual estuviera sujeto a la eventualidad de poder escaparse, igual que cuando tú abres el cajón de los demonios - y una lentitud que casi me pareció provocativa y a punto estuvo de, olvidando que estaba allí yo de invitada y por tanto me debía de comportar con mucha compostura para causar buena impresión, hacerme perder los nervios de pura impaciencia y arrebatársela de un tirón brusco para, a mi propio ritmo que he sido yo siempre bien espabilada y un prodigio de viveza, aplicarme a hurgar y revolver con mis manos entre aquellos enigmáticos objetos que por más que ella pusiera buenísima voluntad a explicármelos y se esforzase por aportar detalles y acudir a comparaciones y símiles no fui yo capaz de ni medio pergeñar y por eso, porque entendiera de qué me estaba hablando cuando decía que ellos estaban todos allí, fue por lo que terminó cediendo a:

-Bueno, tengo muchas que mi madre guarda en el altillo de la despensa. Por ser tú te las enseñaré, aunque sea.

Y ahora allí estaba yo un poco decepcionada a la vista de unos cartones pequeños, no más grandes algunos que la palma de mi mano, amarillentos, donde aparecían plasmadas personas que ella insistía eran las mismas de las que tanto me había hablado.

-Mira - dijo -, no la conocí personalmente pero sé que

es la tía Charo - y miraba con un cierto embeleso a una señora ataviada con ropas muy elegantes que exhibía una sonrisa bonita, sí, bastante bonita, pero al mismo tiempo un tanto altiva y no poco desdeñosa - ¿Verdad que es bellísima?

-Pues...

Aunque el tono suyo fue interrogativo no parecía, sin embargo, estar contemplando la eventualidad de que fuera yo a cometer la osadía de disentir.

-No tuvo suerte - agregó contristada acariciando amorsa la efigie desvaída - pobrecita. Su matrimonio fue muy, muy desgraciado...

-Nunca lo hubiera pensado - no sé si lo hubiera pensado o no pero no tuve gana de que me contase una historia triste y a buen seguro magnificada y desajustada a una realidad que a aquellas alturas ya nadie vendría a desmitificar y poner en su sitio, que siempre ocurre, que a la hora de evocar parece que las lágrimas de los muertos fueron más saladas y las risas más cristalinas que las de cualquier vivo reciente; aunque todo el mundo sabe que los móviles para las unas o para las otras fueron tan mezquinos antaño como ahora y como lo serán dentro de mil años -, una mujer tan guapa parece incuestionable que hubo de ser feliz.

Un poco por decir algo, lo dije.

-¿Así? - soltó la cartulina sin mirar dentro de la caja y ahora sus dedos deambulaban, rozando nada más con las puntas, por sobre todas las demás con la misma gula indolente que sorprendo en mí misma cuando no me decido por cuál de las patatas a la inglesa de la ración quiero comer primero aunque en el fondo me esté dando lo mismo o incluso no esté queriendo ninguna - ¿tan fácil? -. Preguntó.

Y me miraba como impresionada, agitando dos hileras de pestañas que de no ser porque todo el conjunto de su persona delatara que la sofisticación - pero conste que no me gustaría que entendieses que en su compostura había algo descuidado, que nada

más lejos - no tenía en ella la menor cabida habrían inducido a sospechar que eran postizas, artificiales, de tan largas.

-¿Únicamente belleza y ya está? - insistió.

Y agarró una de las fotos al azar; porque te expliqué que eran fotos...fotografías antiguas...¿verdad?...te lo dije... como en nuestros tiemp...cuando nosot...bueno, que tal invento aún no existía...al azar, una cualquiera, del revés, y al girarla se diría que daba por hecho que aquel individuo tan esbelto y musculoso iba a responder.

Yo en cambio sabía que no iba a decir nada aunque no hacía falta porque hasta yo sé que las cosas no son tan así; lo sospeché - no, que él no hablaría -...lo sospeché en seguida, en cuanto lo vi estático, con aquella pinta de no haber disparado hacía una eternidad el rifle que llevaba al hombro ni haberse rebullido ni aun con disimulo porque le picara una paletilla... ¿pues por qué entonces iba a hablar?...claro que no...y, por eso, porque ella no se quedase sin la respuesta que parecía esperar, me apresuré a buscar entre mis argumentos alguno que diera fe, de manera irrefutable, de que belleza es garantía de felicidad.

Pero antes de que pudiera encontrarlo ella dejó a un lado la caja, sobre el sofá en que las dos estábamos sentadas, en el espacio vacío entre ambas, y se puso de pie para caminar hasta el balcón abierto con absoluta indiferencia hacia mi curiosidad y al hecho de haber dejado a mi alcance tantos fragmentos de un pasado que, sin orientación ni ayuda de su parte, quedaba a merced del albedrío de una fantasía que no sería posible dominar porque nada sabía - ésta, la fantasía - de servidumbres ni de obediencias a criterio ninguno de coherencia y se desmandaría, como tan reiteradamente me había ya demostrado, por derroteros imposibles de los que ya no habría forma de sacarla mas que muy maltrecha y cubierta toda de arañazos cuando no de heridas muy profundas de las que nunca ya iba a sanar del todo.

Por evitarle riesgos - a ella, a mi fantasía - hice

descender la cubierta, la tapa...era de esas que se quedan sujetas por un lado, pero, en un arranque que no me concedí el tiempo para reprimirlo, agarré medio al vuelo una pequeñita que escondí en mi escote aprovechando que ella estaba de espaldas y miraba absorta...- no veía su cara, pero pensé "absorta" porque vi, posada sobre la curva de sus hombros, ella de codos sobre la barandilla, esa ligereza que acompaña a la ausencia de pasiones .... ensimismada, el jardín del que llegaban risas y palabras aisladas envueltas en un rumor ahogado y transparente de brisa y de ramas agitadas y fru-frus de cancanes.

¿Qué pretendía con aquella pequeña temeridad? - yo, sí, con mi hurto ....No tengo la menor idea y menos cuando, tú bien lo sabes, nunca me tentó la emoción del riesgo y, muy por el contrario, me produce verdadero pánico que me pueda nadie pillar en una chiquillada semejante...Pero la cometí, con torpeza y mucho atropello, desde luego, y por alejar mi propia desazón quise hablar de otra cosa y comenté, acercándome también a la barandilla y mirando por encima de su espalda inclinada:

-Es un jardín muy bonito.

Y en verdad lo era aunque ni remotamente tan hermoso como había sido el nuestro, quiero decir, aquel que nosotras... Emma, Lola y yo...recuerda...cuidamos hasta que...pero, mira... mejor no entrar en ello a tropezar una vez más con la polémica a que siempre nos aboca el que tú y yo conservemos memorias tan dispares de un mismo hecho.

"Y aquí ella se desvió del tema original por segunda vez (y ésta es la primera que Leandro hace un comentario al margen del relato de ella que me permite regresar al presente y tomar consciencia de que no es verdad que yo las esté oyendo conversar - a ellas - ni haya visto el contenido de caja ninguna ni sorprendido mano alguna hurtando nada) no contenta con su primera alusión al jardín nuestro - bueno, jardín de ellas... (puntualiza) - para entrar ahora a hurgar un poco más a fondo en la he

rida sacando a relucir que...- porque podía ser muy machacona y obstinada; no vaya usted a creer -...a mi pesar y a pesar suyo qué verdaderamente sucedió poseía una unicidad absoluta, arrogante y esquiva, que no iba...- ella dijo "posee" y "no va" (dice Leandro) pero porque no se daba cuenta de que llegaría un momento en que habría pasado mucho tiempo -...a dejarse uncir a yugo alguno (y aquí él añade que es que a ella le gustaron siempre mucho las expresiones rebuscadas: "es que ella adoró siempre las disertaciones preciosistas, ¿sabe?". Dice.) e iba a permanecer ahí, imperturbable, la unicidad, sin mover ni el meñique, aguardando burlona a que ella y yo atinásemos a ser cada cual juez y simultaneamente parte de nuestro propio yo.

"Pero tuve el buen acuerdo de no responderle...(continúa; y por su tono lento y medio lejano pienso que al hablar se da tironcitos del bigote entrecano. Pero no lo miro, que debo yo estar muy atenta a lo mío...)...de no argumentar ni dejarme tentar por ningún "pero" y, ella, prudente - que sabe serlo cuando le parece (las imprudencias se pagan, es un consejo de...¡y vaya si llevaba yo cuidado!) - se resignó a no más comentarios que un imperceptible fruncir de cejas y cambiar el peso del cuerpo al pie contrario alzando mucho la nariz y siguió con su narración, reservando - y esto se lo advierto item a látere (me parece que dijo, pero puedo estar repitiendo una burrada porque mi cabeza no la tenía yo para latines) - para sí su tono natural de voz y adoptando, para su anfitriona, un ligero falsete atiplado que yo, como usted comprenderá, voy a continuar omitiendo.

(A continuación dijo que seguía. Y siguió).

"Pues...esto...¿le parecería mal un soplito de aire?... (y recuerdo que dije que claro que no -"no, no, en absoluto", dije - y que todo lo contrario)...a lo que estábamos:

-Sí, maravilloso. Pero no es nuestro.

En el "pero" no hubo, o no percibí, rencor ni duelo al confesar la expoliación - que eso es lo que a mí me parecía que

tenía que haber sido porque, bueno, cada cual acude por lo habitual a sus propias referencias para tener un punto desde el que enjuiciar; más tarde ella misma me lo explicó mejor - y sí casi un deje de vanidad que no acerté a discernir al pronto si se vanagloriaba de "para que veas, no somos tan pudientes como pudiera creerse y sí gente tan normal como cualquiera" o, por el contrario, que por qué no, que también cabe, que hay idiosincrasias peculiares y especímenes chocantes que se pavonean de sus miserias - dependiendo, claro, de qué se pretende enfatizar (y aquí abre un paréntesis Leandro para ilustrar su anexo y con risita un poco socarrona me cuenta una anécdota real de su propia memoria vivida en una fiesta de postín donde dos caballeros muy bien puestos, dos hombres poderosos, discutían acaloradamente y se reataban "lo recuerdo perfectamente - dice - como si ahora mismo los estuviera viendo, que parecían dos gallos de pelea y porfiaban en a ver cuándo tú en tu juventud comiste más mierda que yo hincando sí ahora el diente a un canapé de caviar auténtico aportando uno y otro pormenores y datos por achicar al adversario y dígame usted si no es absolutamente ridículo" y yo no sabía ya si las idiosincrasias y los especímenes eran de él o de ella pero por no enredar más no pregunté) - aunque no podía estar siendo el caso de ella, que sería en todo caso más bien todo lo contrario, pienso, algo más como del estilo de "no te habrás pensado que hemos sido desde siempre corriente y moliente clase media, ¿verdad?"...Porque tú tienes que saber, Leandro, que hay personas que se alimentan de por vida de las glorias pasadas y que no hay adversidad capaz de expulsarlas de sus paraísos perdidos, son así. Pero todo este barajar de posibilidades se me ocurre a mí a trasmano y a destiempo siempre, cuando no tengo con quién filosofarlo y como tú no estabas allí pues me tuve que fastidiar y que darme sin ejercitar mi agudeza y, allí, de momento y al hilo, no pensé tantas cosas y todo mi ingenio se consumió y se arruinó y se echó a perder en picarme e instigarme a sentirme acusada cuan

do al ella puntualizar "pero no es nuestro" me dedicó una fugaz mirada de soslayo y en su sonrisa leve creí leer "me has birlado la foto que con más afecto conservaba, que a ver si vas a creer que no te he visto aunque me haya hecho la loca; so tunanta"... Eso pensé.

Y creo que hasta me puse colorada.

-Huy, pero si yo...- quise protestar aun penosísimamente azorada ante el exiguo apoyo que iban a poder prestarme mis inexistentes argumentos.

"No eran inexistentes - dice Leandro que le dijo, que a mí no me lo dijo pero noté yo que las palabras ahora están siendo de él -, nada que es es inexistente; tus argumentos estarían siendo en todo caso inexplicables pero ella, con un gesto de su mano como de quien ahuyenta una mosca - y Leandro con la mano su ya ahuyenta otra, una gorda y zumbona que ya se me había parado una vez en la nariz - me dio a entender que no la interrumpiera".

-Ya...Sí...Tú...- me interrumpió en tono ausente, hablando con lentitud meditabunda y espaciando las sílabas, dándome sin estar dándose cuenta...¿o lo haría adrede?...ahora que caigo sospecho que podría estar utilizando una treta por desconcertarme, ¿qué crees tú?...o tal vez ofreciéndome en bandeja de plata una coartada...no sé...pude darle lástima, ¿verdad?...En fin, no sé, el caso es que discurría yo muy deprisa a pesar de que mis esperanzas de salir airoso no eran mayores que las que pudiera estar albergando el corazón de Sísifo acarreando su roca cuando va ella y me suelta que me dejó helada y de una pieza, oye, que se pone y me dice -: tú, pero no sólo tú, que todo el mundo o casi e incluso hay que comprenderlo; puede tener su lógica. Y que por otra parte estamos ya tan acostumbrados...

"Que al oír esto se sintió ella inmensamente aliviada.

"Ella - la anfitriona - comprendía; que era tranquilizador que fuese comprensiva y se pusiera en su lugar, en el de ella, que me figurase - figúrate monstruito mío, me decía, que



fue siempre muy cariñosa -: ¡una auténtica fotografía que parecía dispuesta a no exigir que ella le devolviera...aunque, bueno - dijo, y noté cómo viviendo la aventura que ahora para mí revivía había luchado por dominar su alborozo ante tan alagüeña expectativa, por miedo, sin duda, (yo iba perdiendo el mío), ya que detestaba y aborrecía el que pudiera yo sufrir decepciones, (¡anda que no he sufrido decepciones yo!...si le contara), a que yo pudiera acariciar la idea de que ella pensase que las cosas iban a salirle no ya como ella misma se estaba atreviendo a suponer (yo no esperaba demasiado de cómo pudieran salirme a mí las mías) sino mucho mejor (aunque de momento ya me conformaba)- que tampoco había que precipitarse a ser optimista (no, si eso ya lo sé), que ella todas consigo aún no las tenía (yo tampoco) pero que ¿pero por qué negarse ella sola el deleite de contemplar la posibilidad de un quizás?... (sí, sí, ¿por qué?). Que me imaginase, ¡una fotografía!

"Tenga usted en cuenta (me dijo a mí él porque hay que tener en cuenta que yo en esto soy nueva) que era perfectamente comprensible que estuviera tan alborotada (y hay que reconocer que no pueden echarse así tan así las campanas al vuelo) aunque desde su ineludible ubicación en su propio momento vital - y ahora me estoy refiriendo a la realidad de usted (me puntualizó y no sé yo si no me mosqueé), que no deseo en absoluto confundirla - no sería de extrañar que no le fuera factible hacer abstracción del acervo documental de que su mundo la ha provisto (diapositivas y videos y de todo y un montón de clases prácticas) para remontarse a este otro del que yo le hablo y barruntar, así, que allá, en aquel que nosotros habitábamos tal invento y otros muchos que hoy son del todo comunes eran sencillamente inconcebibles.

"Que ella - la anfitriona - y los suyos lo llamaban coloquialmente foto, así, a secas, como les eran tan familiares y ordinarias - y rápidamente rectificó por cotidianas, que que le

sonaba mejor, que era ella muy cuidadosa de la palabra cabal hasta donde llegaban al menos sus alcances, claro - y les concedían muy escaso valor porque en todas las familias, aun en las más humildes, las había.

"Una foto que podría ella llevar consigo para dar fe aportándola como prueba incontrovertible ante los nuestros tan materialistas, tan cartesianos - que de tales los tachó - tan escépticos, de que en verdad este - que para ella por entonces era aquel no sé si usted me sigue (y asentí sin dejar de mirar al frente y un tanto embrollada en aquel marasmo de aclaraciones y de advertencias acotadas en gráficos y colorines y recuadros y mirándome todos con desconfianza y no lo lograrás) - mundo lejano e impensable y prodigioso existe y de que ella, tan insignificante (como siempre me tuvieron por tan poquita cosa), tan poquita cosa - porque ya desde muy pequeña la aquejaron ramalazos de un muy acusado complejo de inferioridad, ¿sabe? - lo había visitado personalmente.

"Y estaba hecha un puro manojito de nervios (y el tono de la voz de él es cálido, que sí lo lograré, y estoy segura de que si lo hubiera mirado le hubiese visto los ojos empañados, pero no me atrevía a prescindir ni por un instante de ninguno de mis sentidos) que no se puede usted hacer una idea.

"Que no encontraba palabras - oh, Leandro, no encuentro palabras decía (ni yo para contarte el cosquilleo de pelusilla aquí en el pecho mío) con los ojos brillantes nada más por estar rememorando su contento, cuando me lo contaba (cuando hablaba de ella como yo no esperaba hablase nunca de mí nadie) - para relatarme hasta qué punto orgullosa intuía que iba a sentirse.

(Yo entendía)

Pero de súbito (así él me narraba que se lo participó ella inesperadamente muy angustiada porque que había que saber que era propensa al desánimo y no poco suspicaz) me entró un insoportable ramalazo de mosqueo y quise saber:

-¿Acostumbrados. Estáis muy acostumbrados?

Porque ¿sabes, Leandro? me asustó que a ver si iba a resultar que estaba yo creyéndome así como una especie de avanzadilla, la vanguardia o buque insignia y la que se había aprovisionado antes que nadie de la primicia pero no era verdad y ya todo quisque había hecho más o menos sus incursiones y había ya exposiciones y museos distribuidos por todo el orbe mostrando a los curiosos...

Oh. Te digo de veras que se me heló la sangre.

Iba a sentirme tan ridícula si me presentaba allí, ante nuestro padre, y lo que es peor, ante la abuela Eudosia que siempre prefirió a sus otras nietas, ya sabes, las hijas de Eusicio y Maelmón, los hijos que ella tuvo con Trasíbulo - el que más quiso de entre todos sus amantes y maridos - allí yo correteando y agitando los brazos ¡mira, mira, mira lo que traigo! sudorosa y despeinada y ella mirándome despectiva y ceñuda y alzando displaciente una ceja y rezongando a través del humo de uno de esos cigarrillos aromáticos y tan largos que le gustan ¡por Júpiter que hace falta ser tonta!, mocosa, ¿no sabes que regresaron ya todos acarreando fruslerías y un sinfín innumerable de reliquias varias?. Y ahora, niña díscola, retírate que me soliviantas; en aquel cofre puedes encontrar todas esas bobadas. Porque tú sabes que la abuela jamás estimó en algo mis proezas.

Y cuando me asaltaron presagios tan nefastos y humillantes y funestos me tuve que dejar caer en una silla y echar mano de un abanico con pagodas que había por allí, para darme aire.

-¿Me estás queriendo decir - proseguí, y me mordisqueé inquieta el labio - que ya otros antes arramblaron...

-No exactamente arramblar, que tampoco hay que ser injusto en la vida. En ocasiones hay que avenirse a ceder...en fin, pactos, trueques, cosas así.

"Que esto último era una indirecta, y la vi muy dolida y que nada elegante ni sutil, por cierto, y que ahora se sentía

traicionada.

"Que ella - la anfitriona - había dicho, y que lo recordaba perfectamente, por ser tú te las enseñaré y que ella había creído que el mostrárselas era una deferencia que estaba teniendo para con ella, en exclusiva, y que ahora en cambio le soltaba tan telenda (y que por no interrumpirle no le había preguntado, dijo Leandro, qué significaba exactamente telenda y sólo por deducción concluyó que es similar a fresca o sin apuro) que no, que las prodigaba como si fueran cromos repetidos y hablaba de trueques que ¿qué trueques? cuando ella no poseía absolutamente nada con que poder deslumbrarla".

En casa nunca fuimos gente de posibles. Papá era únicamente el jardinero y, sí, estábamos bien consideradas y el jardín que custodiaba había... Como mi padre era un manitas... porque cortito de luces también, pero unas manos...

"Y no puede resistir la tentación de interrumpirse de nuevo - evoca Leandro - para hablarme otra vez del jardín y del huerto aledaño como si olvidara que yo lo sabía, que muy bien, que en todo el tema de horticultura y jardinería el experto era su padre, pero, yo, en mi modestia, era un guardián con un curriculum el no va más de acrisolado y que, por ello, había sido designado por la prestigiosa empresa de seguridad que tenía contratados mis servicios para vigilar con cien pares de ojos, noche y día, aquel precioso recinto amurallado y que así estaba de continuo al tanto de qué ocurría allí dentro y de todos los movimientos de los moradores".

Mi padre tan habilidoso había elaborado una verja muy artística adornada con arriates plantados de aligustre y jacarandás - exageraciones, oiga, que en verdad era (dice Leandro) una empalizada con cuatro estacas pero ella al padre le tenía cariño, que es normal - para habilitar una esquina como huerto y el jardín había adquirido mucho renombre no ya sólo por la gran variedad y belleza de las especies botánicas traídas desde los más

remotos confines - que eso si era verdad - sino por la extraordi  
naria calidad de los frutos de la huerta que se vendían, conta  
ban, muy bien pero que...eso, que a la hora de la verdad hijas  
de un simple jardinero que para terminar de poner las cosas mal  
cayó en desgracia cuando lo del saqueo porque la dueña...

"Y se extiende en hablarme de la Señora, a la que ape  
nas conoció y solamente había visto una vez, de muy pequeña, cuan  
do nos hizo una visita un día para plantar con sus propias manos  
- aunque sí rodeada de mucho séquito y mucho boato, que menuda  
era ella - un arbolito que tenía en mucha estima porque era su  
regalo de bodas máspreciado".

Te acuerdas, ¿verdad, Leandro?, aquel que le regaló...  
¿Pero para qué te cuento tantas cosas si tú tienes tu propia ver  
sión de los hechos y además dirás, como de costumbre, que soy una  
habladora?...Bueno, no me importa, di lo que quieras aquella tía  
lejana, o algo así (yo no sé tomármelo así; sí me importa qué  
digan o al menos qué diga según quién), ¿no?...aquella que tenía  
el vicio enfermizo de comprar parcelas y le montaba al marido  
grandes cirios porque como era muy celosa andaba siempre protes  
tando de que se iba detrás de todos los culos respingones. ¿O era  
quizá la misma Elizabeth?. Lo mismo las estoy confundiendo y to  
do; pero que era de todos modos una pieza que de verdad te digo...

Y menuda se puso, cuando lo del saqueo...Sí, la Eli,  
que ahí sí que estoy segura. Hecha una fiera auténtica. Se plantó  
los brazos en jarras cuajadita ella de brillantes y zafiros y  
otras pedrerías y por su boquita de piñón salieron sapos y cule  
bras que "¿qué puñetas estabas haciendo? cacho gilipollas" bramó  
y que en qué memeces estaba pensando, a papá, sí, con el disgusto  
que el pobre tenía como mamá...bueno, ya sabes, para dejar que  
le arrebatasen así, tan lindamente, aquel frutal "la joya de la  
corona" como dijo ella.

¡Zafia odiosa y ensoberbecida!

Pero ¿qué hubiera podido hacer nuestro padre?. Un apa

gado anciano de escasos alcances y con tres renacuajos a su cargo que eramos mis hermanas y yo...como mamá, bueno...frente a aquel aventurero intrépido, y muy desaprensivo, que sin contemplaciones ni miramiento alguno se aprovechó del trabajo y esfuerzo de aquel tipo fortachón, Arsenio, que era un pardillo y anda, le dice, te relevo un ratito aquí sujetando y tú recolectas un poco, por hacer ejercicio...¡el muy truhán!...Y el ingenuo de papá allí escuchando entre copita y copita de ambrosía una docena de películas que le colocó, todas fantásticas, y contándole el cuento de que andaba por allí porque que era exportador y estaba muy interesado en nuestros cítricos.

Y mi padre embobado con la boca abierta que cuando quiso reaccionar no había quedado ni una...bueno, ésta pero mírala, podrida y hasta con gusano a lo mejor...Y ya no pudo hacer nada y, pues claro, nos pusieron de patitas en la calle con una mano detrás y otra delante; pero seguro que también tú lo recuerdas...

Eso sí, mira: siempre parecimos niñas bien y qué se le va a hacer...¡Si fíjate que hasta las niñas del colegio se creían que papá era terrateniente!...pero ellas dos me decían tú cállate que eres una bocazas.

Por eso, por el aspecto que me doy cuenta de que lo tengo y que sé que queda por encima de mis posibilidades me preocupé, un poco, y me dije que a ver si estaba siendo que la anfitríona estaba creyéndose que yo tenía el oro y el moro para poder cambiarle. Y luego, encima, como me conozco y sé que si me descuido me voy de la lengua - pero sólo para temas míos (me puntualiza Leandro que así se lo apostilló ella), que tú sabes chato que criticona y levantadora de bulos sí que no lo soy, pero se me escapan a veces unas que otras minucias porque considero que carecen de importancia y que quién va a pararse a echar cuentas de ellas - repasé dentro de mi cabeza de qué habíamos hablado y estaba ya segura de haber medido mis palabras y de no haber largado equívoco ninguno en cuanto a mis orígenes y procedencia; mas, como un

tris de descuido lo tiene cualquiera, rebobiné de nuevo, despacio y abanicándome, pero no se me vino a la cabeza lapsus ninguno.

"Y que no, que no le acudió a las mientes lapsus ninguno y que aún dijo, por rellenar, tontadas incongruentes como que sí y que claro, y que a veces que sí que desde luego no queda más remedio que ceder hasta que terminó por percatarse de que qué bobada y que qué suspicaz era cuando lo cierto estaba siendo que el asunto de la foto la tenía, a la anfitriona, del todo sin cuidado o no se había dado ni cuenta de que la cogía.

"También me confesó que no se dio cuenta por sí sola de su error, y que fue la anfitriona quien vino sin saberlo o adrede oye, que ya me lío, dijo, a disipar su confusión".

Sabes que puedo ser muy obstinada - que dijo, y que no pudo él evitar una sonrisa tierna mirando para otros noventa y nueve lados, por ocultarla porque ella no la viera, porque que no le conviene nada que descubra que a veces le conmueve, dice Leandro, su saber reconocer sus defectos - y muy cabezona a la hora de aferrarme a las tergiversaciones en que cuando quiere se enreda mi malévola mente, que si se aburre o anda merodeando desganada y sin tener muy claro a qué dedicarse termina por decidirse a matar su tiempo mortificándome.

-A mí la mía me hace lo mismo a veces - que estuve a un paso de decirlo pero me callé porque qué podía importarle a él la mente de la desconocida que yo era.

"Y que en una de esas mortificaciones andaba cuando se terció que ella, la anfitriona, la llevase de la mano con mucho cuidado hacia la salida de su laberinto interior aprovechando que una de las de abajo, que pululaban todas paseando y departiendo en grupitos por el césped en conversaciones que parecían muy animadadas, acertó a reparar en ellas y con la mano hizo gestos instándolas a bajar".

Que bajásemos pero ella respondió que no, que muchas gracias pero que no nos apetecía y aunque a mí la verdad era que

sí me tuve que callar por pura lógica como estaba de visita y no estaba siendo yo nadie allí, y girándose para quedar de espaldas a la barandilla me cuchicheó al oído que es que había allí algunas con las que su familia no se trataba y su madre les tenía prohibido dirigirles ni tan sólo la palabra y me explicó que se trataba de unas enemistades que venían de muy antiguo y que ella conocía muy por encima y con muy pocos detalles.

Me dijo que lo único que sabía era - y entonces es cuando concluí que habíamos estado hablando de cosas distintas puesto los pensamientos suyos y los míos en sitios diferentes - que uno de sus antepasados, bisabuelo, o tatarabuelo, que había sido muy calavera y mujeriego había tenido una amante y muchos hijos con ella y que luego esos hijos - que los había reconocido, y tenían sus papeles y todo - vinieron a reclamar su parte de la herencia a los legítimos pero que, para entonces, su viuda - bisabuela o tatarabuela, que ya te digo que o me enteré mal o no me lo especificó bien ella - había contraído un segundo matrimonio y tenido hijos que a su vez eran, naturalmente, hermanos aunque nada más a medias - que sólo de madre, se entiende - de los de las primeras nupcias y uno de ellos se había casado...espérate a ver que es que es un poco complicado. Paso por paso...

-Que él le había dicho entonces - me dijo Leandro - que no hacía falta que se molestase "no te molestes" dijo en desenredar toda la madeja que que qué más da pero ella dijo "no, si no me molesta, yo te lo cuento y tú te callas que además estamos en mi turno" y yo me dije mira al revés que yo que pregunto y pregunto y me dicen tu calla y no molestes.

"Y que paso por paso, ¿sabe?, pero a qué negar que a mí me gustaba escucharla, que por eso - que está seguro, dice - adornaba ella sus relatos tanto".

-Y que le narró:

Porque es que resulta que desde que el calavera murió, en un safari en una isla diminuta y remota de la Micronesia y que



tampoco es que fuera quizás propiamente un safari...y que esto te diré por cierto que se lo tuve que hacer notar yo que le dije oye, a ver si no era el antepasado vuestro o se murió de otra cosa, porque los safaris son casi siempre casi seguro en África que lo he visto yo en el cine...(y que esto, lo del cine, dice Leandro que le dijo ella, lo improvisó de oídas para dar más credibilidad a su simulacro de estar perteneciendo a aquel ahora mismo y no a su verdadero pasado de leyenda)...y que bueno, que no, que no es que fuera propiamente un safari y hay que ver hija desde luego qué puntilliosa eres que qué más dará me dijo y se había metido en una selva muy espesa de la que no volvió a salir nunca más y que otros de la misma expedición y que no pudieron asistir a la cacería y se tuvieron que quedar porque cenaron algo que les sentó mal y amanecieron todos malísimos con cagalera - que por eso se marchó solo, porque si era un insensato y un temerario tenía también una salud de hierro que lo uno no quita lo otro - cuando se cansaron de esperarlo preguntaron a unos nativos que venían con lanzas y cosas así si habían visto a un señor así y asá con camisa de cuadritos y los nativos dijeron...por señas, claro está, que lo que hablaban no se entendía porque eran salvajes...que sí, que un señor bajito y vestido de caqui que silbaba muy bien y muy entonada la milonga de Juan Simón que hasta las lágrimas se les saltaron de tanto sentimiento y parecía tener muy buen caracer y estar siempre de buenísimo humor lo habían visto a la ida pero que, a la vuelta, habían visto ellos un gorrieto como de excursionista y unas gafas de montura de carey que se acordaban muy bien, que eran complementos ad hoc de caza y pesca que le habían visto puestos a él, al lado de un par de tibias y un metatarso que tenían que ser forzosamente los restos que algún fiero león o tigre hubiese dejado del desaparecido que en paz descansara y que no siguiesen allí de plantón...los que anduvieron descompuestos, que ya estaban mejor aunque aún debiluchos y venga agua de limón y yogures...y que se marchasen a sus países

de orígenes y le dijeran si querían una misa pero que, si desea ban algo más folclórico y acorde con las circunstancias de la muerte que había tenido, el hechicero de la tribu les haría unos ritos funerarios de lo más vistoso y de mucho lucimiento que, además y por ende - abundaron los nativos - según su modesta opi nión les parecía a ellos iban a ser más efectivos que los de su religión vernácula habida cuenta de que el alma del finado no ten dría más remedio que andar por allí cerca, donde lo sorprendió la muerte, y los demonios e infiernos que le acecharan iban a ser lo más posible pues que del lugar y no de vaya usted a saber de dónde: porque ustedes deben de venir del terriblemente estresado y procelosísimo Occidente, ¿verdad?.

Pero que eso. Que desde que el calavera murió pasó mu cho tiempo hasta que se aclararon de si sí o de si no y de si ha bía algo que repartir o todo eran deudas e hipotecas y...porque una de las hijas del segundo matrimonio de ella se había casado con uno de los hijos de un hijo de la amante y que ahora, es de cir entonces claro está, los vástagos que ambas ramas tuvieron cada cual por su lado venía a resultar que emparentaban y a todos les terminaba por tocar algo entre unas cosas y otras y de acá y de allá y de pitos y flautas y, al remate, eran los primeros, los que eran hermanos al mismo tiempo de los dos bandos que a su vez no eran nada hermanos entre sí, ¿te estás enterando Leandro, que no sé si me escuchas?, los que con menos parte iban a quedarse...

"Y que, bueno - pero mira, bueno, dijo Leandro que le había dicho ella, por resumir y no marearte más, que sé yo que a tí toda esta palabrería te aburre y tampoco te quiero torturar - que por sintetizar lo reduciría todo a un par de frases para llegar a la conclusión de que como por lo visto pleiteando se iban a terminar gastando más y encima iban a tener que ir pasán dose el problema de generación en generación - y yo no le dije mire mi caso ahí es diferente porque yo descendencia no tengo que cuánto iba total a él a interesarle, y seguí callada - como

las cosas de la justicia van siempre tan despacio acordaron, amigablemente los bastardos y los de las segundas nupcias, que ellos se quedaban tan contentos con todo lo de fuera, que a ellos el aire libre les gustaba mucho; y que la casa y todo lo demás, todo cuanto hubiera dentro, pues que para ellos, los otros, los originales y legítimos que habían llegado primero porque, a fin de cuentas - cuenta que le contaba la anfitriona que se dice que dijeron, me dice Leandro y yo me digo pues de mí no se dirá nunca porque no tengo intención ninguna de contarle - entre aquellas paredes estarían estando todos los recuerdos suyos que a todos los demás no iban a despertarles sentimiento ninguno y que buena gana en tal caso de incordiar.

-Sí - en silencio yo -, ¿para qué incordiar?

Por eso mi anfitriona no se hablaba con algunas de las que paseaban por el césped, porque eran las dueñas de los exteriores y, y eso ya fue mala suerte, mira, su madre, la madre de mi anfitriona, había salido con el carácter fuerte de la ancestro ultrajada y tenía prohibido a la hija que se tratase con las enemigas aunque a ella personalmente, me confesó - te confieso me dijo - todo aquello la tenía sin cuidado ninguno y ella leyendo tan tranquila sentada en una tumbona en la terraza se lo pasaba tan a gusto, que tampoco hacía falta llevarse tanta rabieta por en definitiva pisar un suelo o no pisarlo; y que desde ahí arriba, donde estábamos, con los balcones y el mirador acristalado que daba gloria, se tenía unas vistas casi si me apuras - si la apurabas a ella la anfitriona - mejores que desde el jardín a ras del suelo propiamente, ¿sabes?: mucho mejor.

-Sí, mucho mejor - yo para mis adentros -: con no volver a poner los pies tema resuelto.

"Y luego, sin que le diera yo motivo ninguno, pareció caer en un lo que ella llama bajón anímico y sin qué ni porqué se puso a rezongar una retahila de ya sé ya sé qué estás pensando, que tú no lo dices pero yo lo sé:

Que cuando me pongo a contar algo termino siempre por mezclarlo todo; si yo ya lo sé. Y que lo amasijo todo junto...lo que pasaba, lo que no pasaba, lo que oí, lo que supuse, lo que alguien pensó o dijo, lo que se sobrentiende que alguien pudo decir o debió de pensar. Y cómo me siento - dijo, dice Leandro y que se señalaba con su propio dedo como si cupiera la posibilidad de que pudiera suponérsela estando en otra parte lejos de su propio yo - dentro del trozo de papel que me toca vivir en cada fragmento de cada una de las pequeñas historias que la vida depara; y cómo se siente quien lo está viviendo a mi lado - pero sin mirarme, igual que si quien estuviera estando a su lado no estuviese siendo yo, Ladón - y cómo quien esté estando junto a este quién se esté sintiendo respecto de lo que en cada momento adquiere el protagonismo del instante de un sentimiento concreto y exclusivo de una fracción de segundo aunque a la fracción siguiente se olvide y no importe ya más...

Y yo lo mezclo. Dice.

-Pero seguro que termina pasándoseme - pienso

...porque a veces se lía, no se si se habrá dado usted cuenta. Una barbaridad".

Que no me sé quedar con la esencia de las cosas - decía que decía yo de ella, dice Leandro o Ladón y yo, porque no parezca que no le estoy atendiendo, digo que sí, que algunas personas no saben y que las hay que se lían - ni con lo importante y no me salgas luego con que te inculpo de acusarme de inducirte a despistarte porque sé perfectamente que aunque te calles dices que te despisto; que te despisto porque parece...- que tenía la absoluta seguridad de que lo parecía, aseguraba -...parece que voy a hablar de no sé qué pero sin sentir ni saber cómo me voy desviando y ya no hay forma de regresar al origen del que arranqué cuando parece obvio que algún motivo habría para haber partido de él.

"Pero la verdad es que a mí nunca me parecía nada; que

yo ya sabía más que de sobra que pareciera lo que pudiese parecer ella iría a aparecer siempre en cualquier lugar lejos de donde la más imprevisible de las expectativas acudiera a esperarla. Era desordenada".

-Que parece que todavía los estoy viendo, todos allí pronosticando a coro: te vas a perder.

A la casa se entraba siempre por la parte de atrás, que daba a un patio, pero no vayas a creerte que era uno de esos patios traseros destartalados llenos de trastos y de muebles desveniciados arrumbados en un rincón, con escobas y mochos de fregona allí en una esquina y cuerdas de tender con bragas colgando.

No.

Le llamaban patio pero era un recito precioso con suelos de mármol y con fuentes y con muebles de estilo y pedestales con estatuas sin nariz, de las buenas, de artistas de la talla de nuestros policletos y mirones, y macetones con aspidistras recubierto todo por una cúpula de cristales que se asentaba sobre columnas con capiteles corintios y, por dentro, bajo los cristales, unas lonas que formaban como una carpa y que venían los sirvientes a extenderlas cuando el sol era muy fuerte.

Era un lugar muy agradable, con sus arcos de medio punto y sus ventanas ojivales que me contaron narraban en vidrios de colores los más destacados acontecimientos familiares y ella dijo que fuéramos allí, al patio que te digo que a esa hora de la tarde acostumbraban a tomar el té y que estarían ya allí su madre y sus hermanas y varios invitados llegados de lejos, de más allá de la linde de las tierras usurpadas.

"Que a ella le daba un poco de cortedad porque siempre he sido decía un poco reacia yo a ese tipo de madres... y a ésta en concreto se la imaginaba ella muy estirada...esa clase de madres que dedican a las amigas de sus hijas, cuando las llevan a casa, un trato distante y ligeramente despectivo así un poco como de decir de dónde habrá salido ésta y seguro que nosotros somos

de mejor familia".

-¡Lo sabré yo! - me dije. Porque yo si sé. Yo no soy de esas que se lían.

Porque eso se nota, no sé si tú lo sabes monstrui, aun que sean madres muy educadas y te digan que por qué no coges otra pasta anda no seas tímida y que hasta te pregunten que se les ve a la legua que con interés nulo que cómo te llamas y que cuántos hermanos tienes y que de dónde es tu familia y que cuando les vas a responder y por pura cortesía y por no decir mire señora para qué me pregunta cuando en el fondo le está importando un bledo que luego le dirían a su hija ay nena qué amiga tan borde que fulanita de tal y que de tal sitio y que hermanos tres te sueltan un ah sí medio mirando para otro lado y se ponen a hablar con al quien de su entorno de temas y de personas desconocidas del todo para tí y ahí que te quedas como un pasmarote mirando con mucho interés el dibujo del suelo y rascándote un codo, sin saber qué hacer.

"Que no encontré, aun a su pesar, ningún pretexto que alegar para evadirse de la reunión y que dijo bueno aunque echando una ojeada algo ansiosa al reloj que había sobre una consola isabelina para dar la impresión de estar preocupada por la hora ...aunque ella los relojes no sabía mirarlos, comprenderá usted, allí...nosotros...Eso sí que cuando se lo dije, cuando le dije pero si tú no sabes mirar el reloj se enfadó y me contestó con un respingo sí que sé, se miran como cualquier otra cosa, apuntando con los ojos, lo que me cuesta más es entender que porque las manecillas apunten a tal o cual número ellos sepan desentrañar en qué cuándo están y que, por dar más verosimilitud a lo de las prisas, por imprimir más realismo a su actitud remisa, ella misma me lo confesó añadiendo un perdona, oye, que ya se yo que eres un pedazo de pan, agregó es que si llego tarde Leandro me regañará.

"Cuando lo cierto era que ella hacía siempre lo que le

venía en gana; que ya desde niña estuvo muy consentida, como madre no tenían y ella era la pequeña.

"Y me participó su inocente calumnia del regaño inventado sin atreverse a mirarme a los ojos y pegando pequeñas patitas medrosas a la manzana de oro, a la única que no se llevaron los usurpadores porque dijeron bah ésta está picada...con la puntera de su zapatito de satén" mirando él ahora por la ventanilla cómo los campos, un poco amarillentos ya porque estábamos en los primeros días de septiembre y había sido un verano muy seco, se deslizan a nuestro lado mientras yo, con ojeadas cautelosas e inseguras, lo miro a él sin saber enjuiciarlo y considerando que si bien alguna o bastantes de las cosas que dice no me parecen del todo congruentes es también cierto que su estar sereno, muy aplomado, y su perfil absolutamente mayestático me inspiran la confianza suficiente como para poder dar por bueno - si es que hiciera él aseveración tan impensable - que la Tierra es, pongamos por caso, en lugar de redonda cuadrada como un enorme dado que una mano gigante arrojó algún día y ahí anda aún dando tumbos.

Cogí un bache.

Ya he avisado que soy inexperta.

-Pero comprenderá que sí que sabía mirar el reloj.

-Bueno - dije, devolviendo mi atención al asfalto firmemente resuelta a no caer en nuevos despiste -, si aún era tan pequeña puede ser comprensible.

-No era tan pequeña - ahora jugueteaba con su sombrero.

-Pensé que...

-Pero no - se lo había quitado muy cortés en el momento en que entendió que si me estaba parando y pisaba la raya del arcén era justamente por dirigirme a él y no por una carencia de destreza. Pensaría.

-Ah.

-Era ya jovencita, casi adolescente. Pero esos juegos

le gustaban, ¿sabe?; le seducía todo lo lejano a la realidad y...  
 - dio un par de vueltas dubitativas a su sombrero con bastante más gracia de la que a mí me asistía manejando el volante y echó un vistazo al asiento de atrás alzándolo un instante en el aire con un impulso que, viéndolo de reojo, me trajo a la cabeza ese dominio del movimiento de muñeca con que los tenistas expertos lanzan la pelota justo al punto que han elegido -...detestaba lo cotidiano, lo auténtico...

Pero debe de ser que albergó dudas, que no se atrevió a correr el riesgo de tal vez golpear las flores y lo posó de nuevo sobre sus rodillas, con comedimiento. Y añadió que todo lo que la obligase a una sumisión que la hacía sentirse un poco desgraciada y yo pensé decirle que no se preocupara y tuve la sensación de que la voz se le empañaba.

Sí. Me dio por un momento la impresión de que la voz se le empañaba.

Pensé decirle no se preocupe que las flores no son para nadie ni están siendo para nada y que no importaba si se espachurraban un poco; pero opté por no decir nada considerando más hospitalario dejarlo hacer lo que estimara oportuno que atosigarlo con uno de esos "póngase cómodo" recordatorios tácitos de que eres un extraño. Y además, me dije, le podía estar pasando un poco como me pasa a mí, esa especie de cortedad que tengo que ni en el cine y a oscuras me tomo la libertad de soltar mi abrigo en la butaca de al lado, aunque esté toda la fila vacía, que me da la cosa de estar avasallando y ala todo esto es mío.

Y no hablé.

O nada más fue mi apreciación muy subjetiva o él se había rehecho con rapidez, porque ahora estaba diciendo:

-Tenía mucha imaginación, ¿sabe?, una fantasía que a veces podía ser desmesurada y se agarraba de todo cuanto venía a mano - yo me estaba agarrando con demasiada rigidez al volante y no hacía falta porque el tramo era recto; estiré los dedos -



para pasar las horas muertas, a la caída de la tarde, sobre todo, ajena a todo lo verdadero que hubiera a su...bueno, a nuestro alrededor.

Y se abanicó con el sombrero y otra vez detecté el gesto de ir a lanzarlo y otra vez el vistazo atrás y ahora sospeché si no sería que él lo miraba con querencia, que me lo hacía yo más habituado a ir allí, en el asiento de atrás y a la derecha, donde van los señores y no al lado de una conductora sin nada de experiencia y dijo que aquella tarde había elegido las Hespérides y "y a mí me pareció bien; yo siempre estaba conforme".

-Ah, sí - dije, y como pese a mi poca soltura empecé a darme cuenta de que el conducir me estaba resultando una pizca menos penoso que en los días anteriores y al aflojar las manos ya no me clavaba las uñas en las palmas se ve que me sentí contenta, o algo aliviada, y quizá fue por eso que me salió la voz un poco eufórica de más, que exclamé -: ¡las espérides!

-¡Vaya!, ¿usted también ha jugado a las Hespérides?

Y me miraba como muy impresionado, aunque no llegué al extremo de barruntar que no se lo pudiera creer; que al fin y al cabo, poquito a poco ¿verdad?; pero sí que un poco perplejo. Con los piquitos de su pañuelo asomando en el bolsillo superior.

-A algo muy parecido, sí.

Y fruncí un poco el entrecejo para introducir en mis neuronas que se aproximaba una vaca a la que guiaba un paisano con boina y garrote; tendría que virar el volante hasta una posición de las doce menos siete minutos...menos ocho tal vez.

-Pues sí que es puntería.

Para ser exacta confesaré que me parece que fue en realidad en menos nueve, pero quedó una distancia perfecta y los sobrepasamos limpiamente.

-Era a las judías - le expliqué, y que uno jugaba con blancas y el otro con pintas -, aunque de las normas del juego no me pregunte ya que no me acuerdo, como hace tanto. Pero si las

madres en ese momento no tenían también podían servir garbanzos o lentejas.

-A mí me parece que no puede ser lo mismo.

Al ver alejarse a mi espalda la vaca con sus manchas negras respiré feliz.

-Bueno - argumenté, casi ya sin angustia - ya le dije que la idea original se centraba en judías, pero había que contentarse con lo que se tenía a mano, sobre la marcha.

Pero lo que no recuerdo si llegué a contarle es que también nosotros, un vecinito y yo, pasábamos tan ricamente las tardes de invierno sin dar un ruido y hasta la hora de la cena. No recuerdo si dije quiénes éramos allí con un puñado grande cada uno, en la camilla, con el brasero o si para él mi nosotros se quedó ya por siempre como algo nebuloso.

-Sigue sin ser igual.

Por fin se había decidido y lanzado el sombrero, atrás, con tal seguridad que aunque por supuesto no miré por prudencia, que podría ser una temeridad, vi que había caído con precisión perfecta y sin dañar ni un pétalo.

-¡Pero claro que no! - terminaba yo justo de caer en la cuenta, que cómo se puede ser tan torpe cuando no había mas que verlo, con tantísima clase. Me aplicaba a deshacer tan imperdonable equívoco -: Y que en ningún momento dije "idéntico", se fijaría, que sólo "parecido" y salvando las distancias. No soy tan osada. Ni por un momento los vi, a Eritia y a usted...

-Era Eglantina.

-...Eglantina...no sé de dónde lo saqué...- rectificando y apartándome un poco, que me estaba marchando muy a la izquierda -...y a usted en la cocina al lado de la pila de fregar, que entonces aún no se estilaban los electrodomésticos. Aunque nevera sí - recordé, había que estar al cuidado para que el agua no rebasara del barreño y es que tenemos un poquito de prisa los domingos por la tarde en una casa de visita o en la calle si

nos parábamos con alguien y mi padre le cucaba a mi madre en el codo, con disimulo y una sonrisita - pero de hielo. No, claro que no - agregué -, que seguro que en un cuarto de juegos, espacioso y muy soleado, ¿verdad que sí?

-Que no, que no - insiste. Y ahora ya un poco menos erguido apoya el codo sobre el reposabrazos, relajado quizás porque de momento no se ven obstáculos, y vuelve a dedicar su atención a los campos -: Si lo de ustedes eran puñados no cuadra, porque nuestras Hespérides eran sólo tres.

-Ah, pues entonces sí que no - casi hasta el infinito un camino, bueno, carretera y general, pero que despejada y que se me empezaba a antojar fácil que casi no me lo podía ni creer - porque nosotros ya le digo, como noventa o cien cada uno, tal vez incluso más...

Y que se figurase, le digo, lo que hubiera sido esa cantidad en espérides...que cuatro o cinco kilos calculando a ojo y y ya le digo que no estaban los tiempos para muchos dispendios . Que naranjas y manzanas que sí, y chirimoyas que de tarde en tarde. Que ocasionalmente alguna granada pues que también caía. Y que poco más.

Y fruncí de nuevo el entrecejo convocando a todas mis neuronas para que se enterasen de que la cosa se ponía muy cruda, recordando carencias, porque era ahora lo que comparecía, caprichos que no tuve, en el centro mismito de la carretera, pequeñas renunciadas, una iglesia de piedra, frustraciones a las que quizá dije en su día no importa, con su torre que me dije es románica, nostalgias de sueños de quién sabe si un día, y hasta con su campanario y su campana, y el día nunca llegaba, en mitad del asfalto, engaños, muy sólida, y pasaba sin embargo el tiempo, gris, allí, vieja de siglos...

-Yo diría, y discúlpeme - carraspeó - que anda usted algo errada. O se puede estar tratando de una asociación de ideas - y de refilón advertí que entornaba los ojos - que a veces

eso pasa - con la vista clavada en el campanario, como quien calibra.

-Pues es muy posible - y yo pensaba

-que a veces una remota similitud confunde - y me parecía que a él no le estaba pareciendo tan grave

-pero a estas alturas yo no creo que tenga ya remedio

-aunque tampoco hay que desesperarse

-pero es que yo con esto se imaginará que no contaba

-que tarde del todo nunca es

-¡vaya que no!

-pues debería creerlo.

Y el campanario, temeroso o sensato, se apartó discretamente a la derecha con la ayuda de una muy suave curva de la carretera que se desvió a la izquierda.

-¿No es increíble?

-Sí, aunque...no sé - y parece dudar y me vuelvo a sentir desalentada -, algo hay que...porque también es cierto, pero vaya usted a saber, que quién podría ya venir a demostrarlo, que alguna versión hay de que llegaron a ser, bueno, no tantas como sus garbanzos, desde luego, pero siete sí.

-Ah.

-Sí - y apoyado el codo sobre el reposabrazos, relajado quizá porque de momento no se ven obstáculos, mira los campos -, pero a nosotros las tres bautizadas...bautizadas por llamarles de alguna manera...nos cuadraban a la perfección. Por eso las eligió ella.

Y entonces me contó Leandro de las Hespérides, pero me dijo poco - porque quiso que lo llamara así, por su nombre, a pesar de haber ella insistido en sentirse más cómoda anteponiendo un don, pero dijo que no - y nada más lo justo para que saliera yo de mi error de pensarlas frutas exóticas.

Que ellas habían sido tres y que de ahí partió la idea de Eglantina de identificarse con las ninfas míticas junto con

sus dos hermanas y su padre y con el mismo Leandro; que venían a componer todos juntos el elenco perfecto de los moradores de aquel jardín remoto.

-No sé - replicó un poco indecisa y echando cábalas del nulo beneficio que iban a aportar a sus prácticas aquella carretera tan fácil y la muy esporádica presencia de adversarios contra los que poder ejercitar el arte de esquivarlos -, pero a mí me parece que de haberme yo embarcado en una fantasía tan disparatada habría tirado, ya puestos, por algo mucho más a lo grande....- uno de esos efervescentes regresos de vacaciones, se dijo, sí que debe de ser instructivo -...como...¿qué le diría?...que tampoco es que se me estén viniendo a la cabeza muchas....- y atacos y pitidos y frenazos; emoción y muchas sensaciones -...pero que yo me habría adjudicado el papel de cualquiera de las diosas de primera fila, de mucho relumbrón y bien de poderío y no esas tontas nispéridas que estoy segura que no conoce nadie.

Y sentí un vértigo y me alarmó estar corriendo quizá mucho, pero como vi la aguja casi nada amenazadora no frené y me pareció que con levantar el pie bastaba.

-¡Vaya! - que exclamó -, es usted ambiciosa...

Y como la ambición que acababa él de pronunciar me hirió el tímpano y la sentí restallar contra mi cara como si estuviera siendo bofetada inmerecida y brusca lo fui a mirar y no me quedó más remedio que reconocer -y que a su pesar, ella, terca pero leal - por su gesto apacible que encajaba con el tono ligero y nada crítico que utilizara que todo lo que estaba rozando mi mejilla era la caricia leve del aire que entraba por la ventanilla de su lado, que la había bajado un poco más él.

-...parece - dijo.

Y suspiró.

Y que podían estar siendo, por otra parte, apreciaciones mías. Que lo natural era que él no estuviera teniendo ni idea de poder estar haciéndome daño ni de estar hurgando en una herida

que se remontaba a mucho tiempo atrás, a mucho antes incluso de que todos ellos me dijeran no aprenderás jamás y casi mejor si acaso con algo más pequeño, más manejable, que con éste no vas a hacerte nunca que es demasiado para tí pero yo dije no y que a ver dónde había que firmar para renunciar a mi parte en todo lo demás - y que se regañó porque estaba clavándose las uñas y se dijo -: por qué te agarras con tanta ansia, ¿eh?. Haz el favor de aflojar un poco las manos.

Y noté cómo al relajar con esfuerzo los brazos se empezó a deslizar por mis venas mezclada con la sangre la memoria de que, de toda la vida, la ambición today cualquier tipo de ambición, es un defecto, una cualidad recriminable a la que con todo ardor y sin decaer en el empeño se ha de tratar de domeñar.

Pero esto son cosas mías, de mi personalidad y de mi carácter, de mi forma personal de comprender o no entender la vida y no era cuestión de aventurarse a dilucidarlas con alguien que...

-No soy ambiciosa en absoluto - se encontró replicando en tono bastante áspero, como le ocurre a veces, que tras largos silencios en los que se diría está aquilatando sus respuestas termina por soltar lo que menos desea -, no lo soy en mi realidad; de haberlo sido mi vida estaría siendo hoy muy de otra manera. Pero si hubiera optado por vivir de ilusiones estúpidas no me habría conformado con ser hija de ningún jardinero... Nunca del lado de los que sirven; no por elección.

Estaba furiosa pero no acertaba a esclarecer el por qué; dudaba - decía - de su capacidad para dar con las palabras y de repente me vi pensando: "¡Qué más da!, ¿por qué tantos miedos?".

-Si me ve tan tensa no piense que es por mi poca destreza, que poca es y a la vista salta pero no se preocupe - que tuvo de siempre la corazonada de que la vida le podría ir mejor o peor pero no la aguardaba un destino sangriento y ni a quien

conmigo vaya, decía - y lo que me tiene frita es...¿sabe?...Du  
 rante todo este rato que he estado en silencio lo que hacía era pen  
 sar que no valía la pena hablar con usted. No se lo tome a mal,  
 que ni con usted ni con nadie...¿para qué?...No existe quien es  
 té dispuesto a comprender a ningún otro alguien...- sabía que  
 estaba hablando sin orden, sin una idea concreta y sí como desde  
 dentro de una nebulosa de confusiones e irritación y sentimien  
 tos encontrados y no quería transmitir el desasosiego causado  
 por todo ello al pedal del acelerador; si le había dicho no se  
preocupe era obligado que no lo asustase y por eso había reduci  
 do la marcha, rodando ahora despacio, pisando casi la raya del  
 arcén -...Ni con los que se ha compartido una vida entera se co  
 noce nadie. Vives con ellos años y años, y los quieres, y te quie  
 ren...sí, todos queremos siempre mucho a los nuestros, si les  
 duele la cabeza les llevamos solícitos una aspirina con un vaso  
 de leche y es a ellos a quienes contamos y a su vez nos dan cuen  
 ta de sus inquietudes, proyectos y hasta de los menores movimien  
 tos...vengo del cine; me he pasado en la sal, cómo lo siento; vi  
 a fulano o mengana y me dijo que; la semana proxima tengo inten  
 ción de...

Pero nunca se dice con sinceridad qué uno vio ni adón  
 de fue ni con quién se encontró ni en qué verdaderamente se pasó  
 o se quedó corto ni cuáles son sus íntimos proy...ideales...ob  
 jet...

Quebrándose la voz.

-No la he querido enfadar.

Lo dijo serio pero con acento frío, no condolido o  
 dando a entender que lamentase nada.

-No ha sido usted - rezongó -: estoy de mal humor yo  
 sola; y en la pequeña parte en que haya usted podido contribuir  
 a emberrenchinarme más hay que reconocer que no es su culpa. De  
 modo que tranquilo.

Sabe que su intención fue sonreír pero lo que oyó salir

de su garganta se pareció mucho más a un gemido.

-Estoy tranquilo - que dijo - pero usted misma lo ha dicho, que en alguna pequeña parte he contribuido.

Y que pero, pero que no había sido propiamente él y como parecía tonto ir tan despacio estando en una recta totalmente despejada y sin ningún peligro me atreví a subir a cien.

-No Ladón el monstruo de cien cabezas...- que había dicho, y -: Veá, me intento pasar a su terreno y no se me da. El sentido del humor no es mi fuerte...

Que habría podido ser cualquiera, cualquiera que hubiese hecho algún tipo de alusión, dijo, a no importa cual de esas cosas volátiles que forman parte de la manera de ser y que a la hora de querer ir a identif...analiz...bueno, que no sé .

Y que él:

-No sé si se está explicando.

Y:

-Está claro que no. No veo por qué tiene que dudar...Y desde luego que lo natural es que no entienda.

Que desde el momento en que él aceptó ir de monstruo resulta innegable que son incompatibles...¡a buenas horas lo hubiera consentido ella! - dice - y que se habría puesto hecha un basilisco.

-Ya le he explicado que fueron coincidencias: Hesperetusa para Eglantina, que era ella; Eritia para su hermana Emma; Héspero era Esteban, su padre.

Y que pues ahí tenía, que la ele con la ele le tocó Ladón aunque eso sí,  mire que había dicho que me dijo que lo sentía un montón.

-Muy traído por los pelos todo.

-Puede, pero a ella le valía. Cada cabeza funciona de cada manera.

-¿Y Lola?. Porque usted dijo que una se llamaba Lola.  
¿Con qué emparejaba?



Y que con nada.

-Y nunca se lo perdonó.

Que se emperrió en que no concordaba sólo por fastidiarla...como se llevaban fatal.

-¿Cuál a cuál?

-Pues las dos, le digo. Que se llevaban mal; no congeniaron, desde nunca.

-Que cuál culpaba a la otra. Quiero decir.

-Pues Eglantina a Lola, por no encajar. "Me lo haces aposta", le decía. Es que...bueno, es a la que más guise, pero hay que reconocer que era muy recelosa.

-Yo lo hubiera razonado al revés - se pone en el lugar de Lola para reprochar "tú lo has hecho adrede por dejarme fuera" -. Que también tiene su fundamento, ¿o no?

-Pues mire que nunca lo pensé. Pero...en lo que estábamos: ¿qué hubo que le dolió?

-¿Doler?

-Cuando se molestó. Hace un rato.

Había ido poco a poco levantando el pie sin casi darme cuenta y estábamos ahora poco menos que parados, a apenas más de treinta. Decidí parar del todo y me metí en el arcén.

Y que idoler, doler!, así lo que pueda llamarse propiamente doler.

Y: ¡Molestar!

-Pues ahora ya...como que puedo decirle que ya no lo sé. Un poco como sus ninfas. Hay más de un lado para mirar una historia, imagino.

-¿Y nunca antes se dio cuenta?

-Pues mire que tampoco usted.

-Ummm...

Vió que a unos pocos metros había un camino de tierra; siempre sería mejor entrar allí que permanecer en el asfalto. Arrancó y siguió:

-No es que no me la diera, que tampoco es del todo eso. Es que en alguna parte hay que...¿instalarse?, ¿situarse?... no, que cualquiera de las dos opciones parecen muy rotundas... uno va y se coloca y hala, que aquí estoy, y el resto del mundo que gire en mi órbita, si le parece bien...¡No! - sé que sacudí la cabeza ahuyentando alguna sombra que sólo yo veía y que se mordió el labio pero porque había que salvar un pequeño desnivel para entrar en el sendero - sin embargo a nadie le queda más remedio que permanecer del lado de sí mismo, ser su propio bando aunque no le guste; los demás pueden marcharse pero uno siempre se tiene que quedar...con uno, ahí, como de una sola pieza y los otros dirán aunque se callen eres así o asá. Mire qué fácil.

Eché el freno de mano y tiró del picaporte pero sin llegar a abrir la portezuela más de dos dedos o tres.

-Usted mismo - seguí, dice, y que él estaba callado y miraba de frente, como si le diera lo mismo un lugar u otro, salir o quedarse sentado. Y cerró, pero tan flojo que el pestillo no llegó a enganchar -: usted mismo; usted estaba ahí sentado en un mojón al lado de la carretera y sus razones tendría aunque yo no las sé...

Paré y le dije "¿quiere subir?" y usted dijo "sí, gracias" y luego intrigada toda de qué demonios tenía que hacer un señor con pinta de tan señor sentado en un mojón de carretera; así, a kilómetros de ningún lugar concreto en ninguna dirección...

-Pues porque...

-No, pero si es que no quiero saberlo, no que usted me lo diga. Si yo me paro, y lo recojo porque quiero, eso no tiene por qué mediat...su...Lo que quiero decir es que puedo suponer motivos, si tuviera mucha imaginación muchos y pocos como la verdad es que tengo poca. Pero con pocos o con muchos...- ahora había vuelto a abrir la puerta, suave pero del todo - lo más seguro es que todos estarían estando regidos por mi forma de actuar, por mi lógica o por mis impulsos irracionales que una probabilidad

dad entre mil millones de que fueran a encajar con su lógica o los impulsos irracionales suyos.

Y que los motivos de otros siempre se quedan para uno en un ah un poco helado, o alelado.

Y: ande, baje...o tal vez no le agrade pasear.

-Sí.

Y me dedicó una sonrisa como si hubiera dicho yo cosas congruentes y él estuviera muy de acuerdo.

Salió con agilidad y se colocó el sombrero, con mucha planta. Se quedó ahí muy parado y recuerdo que me cayó bien, sim pático aun tan serio, que la sonrisa no fue más de un guiño fu gaz que dio la espalda de inmediato y él allí tan garboso, dere cho y con los pies algo separados y las manos a ambos lados de la cintura apoyadas y con los hombros hacia atrás a lo terrate niente, que ha ido a sus campos de cultivo a supervisar sus ex tensas plantaciones de tabaco o algodón y un hatajo de negros afanosos a los que en cualquier momento él comenzaría a impartir órdenes...

Pero no impartió nada ni había negro ninguno ni tampoco algún blanco ni nadie ni nada humano o inhumano ni objeto ni co sa de que poder agarrarse. Ni una sola justificación de la que poder echar mano por salir del silencio embarazoso a que impelía la ausencia de un algo común que poder tomar por referencia.

Con una mano sobre el capó y la otra dándome tironci tos desconcertados del lóbulo de una oreja también miraba yo tam bién a la distancia y sin lograr atinar con ningún qué que sir viera para poder hacernos el juego - momentaneamente y sólo por salir del paso, se comprende - de venir a hacer el papel de nexo que pudiera dar pie a aunque fuera nada más esbozar un "nosotros" en el que ubicarnos y no permanecer ahí, como dos tontos, sin sa ber de qué hablar ni tener qué decir.

Y que lo que había a la vista tampoco era además algo dón o tabaco, de modo que... Aunque hubiera podido serlo o pare

cérmelo a mí, por lo menos, al amparo de la vasta incultura general que me adorna en todo lo concerniente a agricultura - y a otros muchos temas, había dicho, pero justo entonces era eso lo que echaba de menos porque le hubiera abierto una puerta para comentar "¡qué avanzada va ya la temporada de la remolacha!", o algo parecido; lo que fuera que rompiese el hielo - que me permite no distinguir una berza de un pimiento y nada más acierto a reconocer espigas de trigo y vides - lo que de vez en cuando sí que vio de niña - y qué bien que eso era precisamente lo que a nuestro alrededor había: las espigas altas y cimbreantes y doradas a la mano derecha del camino, de su lado y, de la izquierda, la mano mía, muy colocaditas en hileras ristras y ristras de cepas con sus uvas y todo todavía.

Pero muy muy contenta tampoco me puse, que ayuda tam poco me daban...o en todo caso no mucha...ninguna en realidad si te pones a pensar, que después de mucho discurrir a lo más que puedes alargarte es a "huy qué uvas tan doraditas ¿verdad?" y que bueno, pues que sí, y ~~que~~ ah y que oh y otra vez al mutismo.

De manera que como no iba a merecer la pena me callé - dijo - pero lo que sí que hice fue agacharme por coger una de un racimo que me quedaba cerca y entonces fue cuando, al alargar los, me vi los brazos desnudos y me retiré presurosa que ni la uva arranqué y debí de emitir algún sonido porque él se volvió hacia mí pero yo ya me precipitaba al interior del coche en busca de la chaqueta - una torerita a juego con su vestido y de manga tres cuartos - y no me dejé ver hasta que no la tuve correctamente puesta.

Aunque sí es verdad que la dejó sin abrochar.

-¿Tiene frío, tal vez?

-No. No frío propiamente. Es sólo que...

Pero no entró en qué qué porque sus qués, tiene que reconocerlo, suelen tener la cualidad para bien o para mal de ser siempre muy suyos.

Aun habiendo negado me arrebuje un poco, más como gesto íntimo de protección que como reflejo coherente...incoherente ante la evidencia de que la mañana avanzando ya tiraba a torrida, y desperdicié la ocasión de entablar el arranque de diálogo por el que segundos antes suspirase.

El sí emitió un suspiro profundo y lento, como de satisfacción armonizante con el entorno despejado que tanto me estaba a mí abrumando, y yo me hice la desentendida y posé ahora la mirada en el mecer de las puntas de las espigas pero no por que las prefiriera, que me daba lo mismo, dice, que elegí las espigas porque me permitían mantener la cabeza más alta en tanto que mirar los racimos, allí tan en el suelo, me hubiera conferido un aspecto cabizbajo o enfadado. Y que al cielo tampoco había lugar, que ni una nubecita raquílica de que extraer un comentario...

Y que que le hubiera dado un punto de aire altivo, puede, temió, allí tan en lo alto. De manera que...

Tal vez si hubiera hablado él unos diecisiete o veinte segundos antes, antes de que me viera yo los brazos dice venga, todos al aire y tomara consciencia de que no le agrada andar tan a la deshabilé a tiro de ojo del primer extraño...

Yo ya supe cuando lo vi sentado en el mojón y atendí al impulso de abordarlo que lo primero que a punto estuvo de frenarme fue el recordar que no llevaba la torerita, ni siquiera echada por los hombros, que ya estaría siendo algo, y sí allí en el asiento de atrás junto al bolso y al ramo y sin poderle echar ni mano que, lo que faltaba, poco habilidosa en conducciones y encima trasteando (además el interior del coche era - es muy grande, y el exterior también, que no es de los que engañan andamira parecía tan recogidito pero hay que ver que amplio - tan grande que no hubiera alcanzado por mucho que quisiera estirarse) para haber lo mismo terminado por arrollarlo aunque fuera con muy buenas intenciones...Hay que estar a lo que se está.

Pero que se autojustificó argumentándose "es mi coche - que que no es que fuera suyo del todo (bueno, dice, ahora ya ¿verdad? lo era) pero sí el lugar delimitado en que yo estaba, dice, quiero decir -, mi territorio y además yo llegué primero. Llegué primero y voy sola y tengo todo el derecho del mundo a ir con la chaquetita o sin la chaquetita...Nadie va a regañarme"... ¿O sí?...no...fijo que no...en todo caso todo lo contrario...Que ya desde niña su temor al riesgo de resultar en demasía vistosa fue motivo de no pocas chufas entre las amigas.

Pero la situación ahora ya es otra, muy otra; que aquellos campos no eran de su propiedad ni ella tan desenvuelta como para mostrar con alegría sus moreneces...que no eran tales, (riendo, ahora), vive Dios que no...blanca como la leche por culpa de su aversión a dejar ver lo que en su anatomía ha perdido ya la lozanía, la tersura.

De modo que playas y piscinas ni pisarlas.

Se ve que la torera le dio seguridad, porque ahora ya pudo decir:

-Vaya forma más tonta de estar. ¿Verdad que sí?

-¿Tonta?

-Psss...- y ahora sí que se agachó y arrancó un racimo pequeño, más que para comerlo para que el tener las manos ocupadas le diera un algo de apoyo moral -. No sé...aquí usted y yo, en un lugar absurdo, al lado de un coche extravagante, sin concerns de nada. Queda como ridículo.

-Pero si el coche está muy bien.

-Demasiado bien. Pues por eso le digo...mucho arroz para tan poco pollo. Pero yo me emperre en es lo que quiero y ala venga pues toma...No sé si hice bien...¿a usted que le parece?

-Un automóvil magnífico.

-No. Que si piensa que hice...que que qué le parece a ust...Bueno.

-Pues hija; yo qué sé.

-También es verdad - y que él no tenía por qué: no tiene usted por qué saber. Y que no tenía importancia tampoco -. Lo que quería decir es la circunstancia, en general, aquí, así, tan destartada. ¿No?

Y:

Por hacer algo fui a comerme una uva, pero me pareció poco cortés no ofrecerle primero y le alargué el racimo.

-Gracias - dijo y me quedé de nuevo con las manos vacías y lo levantó en alto. Y como al exponerlas al sol brillaban celebró -: y que son bonitas, ¡eh!

Y que hay que ver qué cosas sabe hacer la naturaleza.

Ahora escudriñaba otra vez los racimos; lo correcto era elegir uno más pequeño que el que le había dado.

-También hace cosas feísimas. Cucarachas y cosas así.

-Pero no digo eso. Me refiero a algo así como la belleza intrínseca de la perfección.

-No me doy mucha cuenta de qué dice, creo. Entiendo que hay cosas feas y otras bonitas. Nada más.

Y me eché a la boca una uva de mi racimo.

-Bueno, no me estoy refiriendo únicamente a un sentido convencional de la estética. Más estaba pensando al hablar en ese cúmulo de convergencias que se dan para que algo se vea dota de su entidad concreta (sí - sólo en el pensamiento, por jugar -: una uva con hueso de cereza, una cereza con los granitos de la uva). Debe de ser un trabajo sumamente minucioso - miró sus uvas y se comió dos seguidas -, ¿no cree?

Y que mantener la armonía del Universo!

-Yo es que del Universo sé poco - y que lo miró con recelo porque si lo que a él le tiraba eran las conversaciones de alto nivel intelectual más valdría tal vez haber dejado estar el asunto - quitando unas pocas constelaciones que tengo en casa - miré una uva que tenía entre los dedos y se le transparen

taban, dentro, esos granitos que tiene siempre -. No en persona... quiero decir...es un mapa de papel azul con chinchetas en la pa red y ahí están: Leo, Andrómeda y todas esas...ya sabe. Pero na da más.

-Ah - dijo -; es que usted en este momento se está cen trando en el Cosmos...

-No creo - interrumpí cavilosa -. Nunca tuve facilidad para centrarme en nada...no soy constante, me diluyo, se me...

Y me comí la uva para tener la mano libre y poder ha cerle entender en el agitar de mis dedos qué es lo que a mí me pasa.

-...y el Cosmos sí que es más difícil - había terminado su racimo y ahora se abanicaba con el jipijapa y miraba en derredor - con sus coordenadas y órbitas y todo lo demás.

Y volvió a ponerse el sombrero y se quedó tan serio.

-Sí - dijo, y que que sus uvas también se habían ter minado y que se miró las manos con agobio, con ellas vacías y su cabeza tan sin conocimientos -: si yo fuera Dios me pondría nerviosísima revisando todo el rato que no se me cruzaran las or bitas y en vilo...en vilo por si se me estaba rezagando algún planeta...o un satélite olvidado.

-Pero el Universo es bastante más sencillo - se había metido las manos en los bolsillos y parece estar viendo cómo la miraba ahora por encima del hombro, pero literalmente, no con pedantería -, de intuir, digo, que no de manejar...para los mor tales. Aunque no falten quienes no cesan de intentarlo.

Que pero que aun a poco que uno se fije se dará cuenta de que todo es, que...¿cómo le diría?...todo incide y es incidi do por. Que no hay casualidad.

-Eso se dice muy fácil; pero a la hora de la verdad siempre se encuentra uno atrapado a trasmano...por fortuism... fortuitism...eventualidades y cosas parecidas...

Como no tenía nada que hacer y alrededor todo era igual



miré al interior del coche, por ver algo cercano, y él siguió mi mirada como por inercia y tropezamos con el ramo de flores sus ojos y los míos al mismo tiempo. Y ella las recogió.

-¡Pobres! - él - se van a marchitar.

-...imprevistos que incitan a decidir. Sin mucho racio  
cinio.

Había sacado las flores y las estaba agitando ahora, como por despabilarlas aunque sólo se rebulleron un poco, con modorra. Y algunos de los pétalos se desprendieron y calleron al suelo.

-Si hubiera seguido su camino ya las tendría tal vez en agua. Su madre las habría colocado en un precioso jarrón de Bohemia.

-¿Mi madre?

-O la doncella. Sí, sobre una consola.

-¿Rococó o renacimiento? - y y se me escapó una risita  
y - ¿Qué ha podido hacerle pensar algo tan disparatado?

-Pues, no sé...usted, su aspecto...- se le veía ahora un poco turbado, confuso - algo en el conjunto...- y con una ma  
no describió el movimiento de envolver algo en papel de celofán, con mucha holgura, para que no se chafe. O eso al menos me sugi  
rió su gesto amplio - un no sé qué que da idea de celebración, onomástica....aniversario...- se quitó el sombrero y le dio un par de vueltas indecisas - y una madre llena de perlas.

-¿Perlas?

-Perlas - carraspeó -. Pero no he querido ser indis  
creto.

-No indiscreto - y me encogí de hombros y sonreí un poco; las flores las había dejado sobre el techo del coche des  
pués de cerciorarme de que, como era obvio, no había en qué po  
nerlas -, sólo desmemoriado. ¿No se acuerda que le conté que so  
mos gente corriente - apoyé el pompis en la parte delantera del capó y me crucé de brazos -, que yo misma cocino con estas mani

tas?

-Sí - había venido a colocarse a mi lado en el capó, también apoyado y tabaleaba ahora con los dedos sobre la carrocería -; cuando la malhumoré, y que usted se pasa en la sal, sin querer, es verdad, pero...aunque usted dijo "no ha sido usted".

-Y que de verdad que no lo era - estiré ambos brazos un momento y me miré las manos, "hay que ver las manos cómo delatan la edad", pensé; y luego me puse a tabalear también y deseé explicarme -: que en realidad era por motivos muy abstractos, ya le dije, si bien es comprensible que le pudieran parecer concretos.

Y añadió un "¿o no?" y quiso mirarlo pero el sol venía de ese lado y le molestaba y los guiñó por protegerse y que como dijo, dice, nunca se dice con sinceridad qué uno vio ni adónde fue ni con quién se encontró ni...

Y:

-Pero no me estaba refiriendo a ocultaciones de índole práctica, no a datos y hechos que un detective pudiera averiguar y consignar en una libretita por más que te fuera pisando los talones y luego sí aquí está esta es la señora que...

Llegó incluso a señalar con su dedo a un alguien invisible que no estaba y que por eso mismo - se dijo - nadie podría venir a hacerle bueno que no era la señora que pero tampoco se quiso parar a pararse en juegos de quimeras y siguió, siguió con y que ni a datos...no, eso ya lo había dicho...y sonrío un poco alzando el hombro y y que tiene más que ver con inquietudes - dice - , anhelos imposibles que no es uno capaz de saber decir en qué consisten.

-Pero de alguna manera se intuyen, aunque si llegas a atreverte a expresarlos te encontrarás que alguien te responde "exactamente como las ganas que yo tengo de visitar Tailandia", o de poseer algo valioso y a mí me entra una desesperación terrible.

Y sé que me mordí el labio, lamentando estar como me ocurrió de toda la vida hablando de más para ir a darme de bruces contra una réplica hueca como siempre. Sin embargo hice acpio de valor y aún añadí:

-No es un lugar ni un objeto ni nada que se pueda tener y guardar o agarrar con las manos; no algo que esté lejos en términos de distancia.

-Sí - dijo -. Tal vez entiendo qué quiere decir.

Y suspiró, que suspiraba con frecuencia; y miró de nuevo por encima de su hombro girándose hacia mí pero su vista no llegó a rozarme, me esquivó con un parpadeo rápido y fue directamente a posarse en el zumbido de dos motores que en aquel instante se cruzaban uno a cada lado de la raya blanca que separa las direcciones contrarias.

-Uf - pensé en alto, calculando una velocidad cualquiera a puro oído - nunca podré yo ir tan deprisa. Yo no creo que usted lo entienda. Usted tiene todo el aspecto de haber nacido ya con su sombrero puesto.

-¿Con el sombrero?...¿en mi cunita?...Pues nadie me contó...

Y me miraba.

-Seguro de sí mismo. Esto sí que lo entiende, no me quiera tomar el pelo. Sin la sombra de una duda y sabiendo exactamente, en cada momento, dónde está plantando usted su pie. Y no diga que no. No hay mas que verlo.

-¿Esa es la impresión que le doy?, ¿de veras?

-Pues claro que sí.

Ahora me había puesto de pie (y recordaba que con mucha brusquedad, con un casi respingo y que pensó que él creería que estaba más herida de lo que estaba en realidad) y, de cara a la carretera vi cómo, aún a cierta distancia, se nos aproximaba un carro que di en sospechar iba a querer entrar en el camino.

-Mire - dije -. Vamos a tener un problema.

-No creo.

Y que aunque no le estaba viendo la cara, atenta a las orejas del burro como estaba, supo que estaba contestando sin mirarla y que dijo que si uno no quiere dos no riñen.

-Pero es que la marcha atrás se me da muy mal.

-Pues no la dé - y seguía sentado en el capó, con la vista al frente -. Tiene derecho a pensar lo que le parezca.

-¡Pero si es la del coche!

-Vaya por Dios - ahora ya se oía próximo el golpear de las pezuñas y, en la inclinación del ala del sombrero del hombre que llevaba las riendas, la inequívoca intención de doblar...-¿No sabe ir marcha atrás?

-Sin torcerme no.

-Pues como tiene que torcer, de todas maneras...

-¡Como que puede ser lo mismo aposta que sin querer!

-Pues hágalo como quien no quiere la cosa, o intente ir recto...en fin; tampoco puede ser tan difícil.

-¿No?. Pues tenga la amabilidad de hacerlo usted.

Y en menos que canta un gallo el coche estuvo en el arcén y aun lo había llevado unos metros hacia delante, salvando el ancho del sendero.

-Qué habilidoso - dije cuando venía hacia mí, ahora sin el sombrero y trayendo las flores que recogió del techo -. Un día llegaré a hacerlo igual de bien. Tal vez.

-Eso sólo será cuando no sepa conducir absolutamente nada - y como viera que lo miraba sin comprender añadió -: Es la primera vez en mi vida que he tocado un volante.

-¡No puede ser!

-Pues sí señora. Nunca. ¿Qué quiere?, siempre otros condujeron para mí...Aunque parece claro que para usted también.

-Sí - mirando con disgusto, sosteniendo en los brazos las flores recibidas de las manos de él, cómo en contra de lo previsto el carro pasaba de largo -...y total para nada...Pero

a usted seguro que es un chofer quien lo llevaba, ¿verdad?, con su gorra de plato y diciéndole señor. Pero a mí mis hermanos, o algún sobrino, ala venga sube que tengo prisa y protestando siempre y siempre de prestado...No puede ser lo mismo.

-Bueno - dijo - ¿Qué quiere que hagamos?

-Pues nada. No podemos hacer nada. La propia historia no se puede cambiar aunque ya me gustaría. Y no es que me esté quejando, entiéndame, pero que siempre he echado de menos un poquito más de autonomía...independencia, y capacidad de decisión y todas esas cosas.

-Pues ánimo. Decídase, no lo piense más.

-No tengo gran cosa que decidir, le advierto, que a estas alturas mi vida está ya muy trazada. Sólo he pretendido asustarlos un poco, si quiere que le diga la verdad, impresionar los y hacerles creer que la cosa iba en serio...Figúrese que por dar mayor realismo a mi decisión incluso he llenado dos maletas con ropa y me las he traído, aunque primero pense q...

-Discúlpeme - interrumpió algo dubitativo - pero ha de comprender que es para mí violento, así, sin conocernos, venir a ser el depositario de sus confidencias.

-Pero no se alarme, que esto no son confidencias ni nada. Dése cuenta que son nada más vicisitudes sin la menor importancia...

O tal vez fue al revés. Que ahora haciendo entonces memoria le resulta muy raro que él dijera algo así, como reprendiéndola, como "no me maree con sus minúsculas cuitas domésticas" y bastante más probable, o posible, no sabe, es que yo misma dijese:

-Discúlpeme que le esté molestando con mis naderías; que incluso es posible que le resulte a usted violento estar sin tiéndose depositario de...

Dice.

Bueno, y lo demás y que de todas maneras no se preocupara porque al fin y al cabo aquello no eran ni confidencias ni

nada y que tan sólo las mencionaba porque buenamente habían salido a colación.

Y él dijo:

-Quiero decir que pensé que usted tenía ganas de caminar y que, bueno, que si le sigue apeteciendo pues que vamos.

-¿Sabe? - dije - no sé en verdad ni lo que quiero ni lo que no quiero - y me marché deprisa hacia el coche, con las flores, y pensando que a cada paso estaba un poco más lejos de él fui levantando la voz -, sólo sé que ando sin rumbo y que me siento extraña en todas partes y que nada de lo que hago tiene sentido y lo que digo tampoco.

Había tirado el ramo detrás y al darse la vuelta vio que estaba a su lado y como pensó que así la entendería mejor abrió la puerta de atrás y volvió a cogerlo y sacudió las flores con mucha furia mostrándoselas y preguntó ¿sabe para qué son estas flores? y sin aguardar respuesta ella sola contestó pues no son para nada ni están siendo para nadie, y que nada más las llevo para que usted, dijo, por ejemplo, pueda imaginar algo, algo como las perlas de mi madre y el jarrón de Bohemia. ¡Sólo para eso! y que él respondió pues han hecho maravillosamente su papel.

Ahora me había yo dejado caer medio llorosa en el asiento y, él, con el codo apoyado sobre la puerta abierta me miraba un poco divertido.

-Y también usted - dijo -. Me he creído todo lo que usted pretendía. ¿Por qué tiene que estar afligida entonces?

-Pues porque...- sorbí -. Ande, si quiere hacerme un favor acérqueme ese bolsito absurdo que hay en el asiento de atrás, el que es hermano de mis zapatos.

-El único que hay - y ya me lo estaba poniendo en las manos -. Un conjunto muy bonito que le queda muy bien.

-¿No me encuentra ridícula - me soné - histérica y anacrónica?

-No - dijo -, yo no la encuentro anacrónica.

Pero al decirlo se había enderezado y a mi vista su

figura terminaba un poco más abajo del hombro; la cara quedaba por encima del vano de la puerta y no pudiendo verle la expresión no descifraba yo si decía verdad o negaba por conmiseración. Me alentaba, sin embargo, a creerle, el hecho de que de la histeria y de la ridiculez no dijera nada: puesto a ser sincero en dos de tres partes ¿qué sentido iba a poder estar teniendo el tomarse la molestia de mentir total ya por un tercio?

-Ni ninguna de las otras dos cosas.

-Ya lo ha estropeado.

Pero lo dije por lo bajo y nada más por malmeter a mi yo, que, por su cuenta, va y se pone a decir sin que me diera tiempo de atajarlo:

-Tenga, ¿la quiere para su ojal?

Ofreciéndole una flor que sabe que se dijo por el colo debe de ser una malva, pero sin estar segura.

Y dijo que sí y ya estaba en el ojal sin que hubiese tenido yo mucha opción a decidir si el gesto no estaría siendo quién sabe si atrevido, porque mi mano había sido más rápida que mi pensamiento.

-Es que no sé lo que prefiero - y con los dientes iba arrancando uno por uno los pétalos de una margarita que luego es cupitejeaba sobre mi ropa -. Cuando estábamos ahí, en el sendero tuve la tentación de conducir hacia adelante, por explorar, pero tuve reparo de que más adelante el camino se volviera difícil. Ahora que me veo otra vez en el asfalto no discierno si...

-Si lo quiere elegir por huir de la dificultad o por retarlo.

-Por adentrarme en el mundo de los conductores aveza dos...- ya me había comido toda la margarita y ahora me debatía entre un alhelí y una gardenia -, intrépidos...Por intentar pare cer uno de ellos.

-Sí - dijo -, en ambos casos habrá un riesgo. Se trata de...

-Quítese de ahí. Se lo va a llevar por delante un camión.

-...de dar con la solución menos traumática.

Se vino a sentar en su sitio y arrojó el sombrero de de atrás con ese golpe de muñeca tan certero doble nada gueim fuera de juego catorce uno servicio (me estaba empezando a hacer pis, cuarto de baño) diciendo que en cualquiera de los casos le iba a quedar la sensación de haber claudicado, que siempre ocurre, y que las renunci<sup>a</sup>s...

-Me molestaría un montón que fueran de pega.

Y tiré del lazo que las mantenía unidas y me puse a extender las flores por mi falda.

-¿Pega?

-Falsas.

-Todos en la vida nos tendemos, por justificarlas, nues tras propias celadas.

Y se encogió de hombros.

-¿Qué?

-Trampas, engaños - explicó con la mano.

-Pues a mí haga usted el favor de no engañarme. Si son de imitación, del todo a cien, dígalos sin rodeos. Podré sopor tarlo.

-Hija - se rascó la nariz - ¿de qué está hablando?

-Pues de qué va a ser; de las perlas que lleva mi madre Usted las dijo.

Y que quería saber si eran auténticas.

-¡Naturalmente que lo son!

-Es que a mí las madres con perlas me han gustado siem pre mucho, ¿sabe?. Pero el quiero y no puedo no vea usted cómo me pone de frenética.

-Pues no es el caso. Tendría que ver qué oriente tan fantástico...

-¿Oriente?

-Brillo, luz, calidad.



-Ah. Y que también tendrá que ver el que sea de allí de donde vienen, ¿no?. Yo nunca he estado...y que no hace falta que lo vea yo, a ver si va a tomarse la molestia de, no pido tan to, que con que las vea usted es suficiente. Y como además yo de perlas no entiendo pues me las creo y en paz.

Y que por qué no y arrojé el bolso por encima del hombro y dije usted debe saber y aunque a pesar de haberlas vuelto a atar con la cinta de seda las flores no vuelven a parecer un ramo en condiciones las eché atrás también y yo no soy quién para enmendarle su imaginación y sacudí los pétalos mordisqueados que se quedaron sobre mi falda porque usted tiene todo el aspecto de saber distinguir y me pasé los dedos por la frente y la nariz y las mejillas y me dibujé con la punta del índice la curva de las cejas y arranqué y arrancó sin preguntar su opinión y salió del arcén y él sin decir ni pues sí ni pues no de quedarse o marcharse ni pues que ahora sí que se decidía como si prefiriese pero que de todos modos ella quiso explicarse y decir que le había parecido aunque no sabía saber decir por qué que volver al camino hubiera sido aunque poco de alguna manera retroceder.

Pero no se explicó; o al menos no bien.

Y que retroceder que de ninguna de las maneras lo quería.

Y que siguió al volante y en la palanca de cambios y hablando de otras cosas, pero que despacio, con cautela porque sabía que no tenía costumbre y debía de tener cuidado de no lanzarse nada más que porque hubiese cogido un poco de confianza y le contó la historia.

Sí. Le contó la historia del Rolls y de cómo había llegado a ella de la mano de la muerte de una anciana tía lejana a la que ella no había visto jamás aunque sí oído hablar mucho de ella y que nadie de la familia quería porque que decían que sí, que impresionar impresionaba mucho y que imponer pues que claro que imponía y que una barbaridad pero pertenecía a otra clase de mundo que a ellos les resultaba de todo punto inabordable.

Y:

-Y aunque ya le digo - que había dicho - que la desti  
nataria no era yo a mí me gustó, me gustó en seguida y lo entre  
saqué de entre caballos y reses que venían en el inventario doce  
nas de cabezas y pastizales enigmáticos por los que anduvieron  
perdidísimos hasta que todos allí arremolinados frente a una re  
gla de tres simple vieron en hectareas los acres y ya parece que  
se orientaron y les quedó claro de qué disponían y con qué en de  
finitiva contaban.

Pero que ella renunció a todo aquello, a mi parte  
claro, ¿se acuerda, o sólo lo pensé?. Y ellos dijeron no sabes  
lo que haces pero a mí no me importó, dice, porque otras muchas  
cosas que a lo largo de la vida si había hecho si las había sa  
bido y y no vaya a pensar que por eso me salieron ya bien.

-Mónica entonces dijo pero eso no fue así o al menos no  
exactamente así o, desde luego, decir sí que dijo algo al respec  
to aunque tal vez no fuera justamente eso y ni, eso por supues  
to, con las mismas palabras. Que lo recuerdo perfectamente. A la  
perfección, sí, punto por punto; en el Café de Oriente, la parte  
de arriba, la de tipo francés o viscontiano (pero Visconti era  
italiano, ¿verdad?. Bueno, no importa, ella lo llamaba viscontia  
no por su aspecto gramuroso y de otro tiempo aunque un poco le  
derribaban los palos del sombrero - expresión suya - los moder  
nos con anoraks y camisas a cuadros) que da a la plaza

-laque es café y no el restaurante del portal al fondo

-una tarde en la que a media frase se quedó en suspen  
so mirando un gorrión y "mira" dijo

-y era verdad

-allí dentro

-entre las sillas de terciopelo rojo picoteando el  
suelo

-alguna chispita de pasta de té y "entraría por la  
ventana".

-Y voló y se reflejó en los espejos biselados.

-Pues esa tarde.

Y Mónica lo dijo; dijo algo y la terraza estaba llena de gente "nos podíamos haber quedado fuera, ha escampado" aunque ya no hacía tiempo y ni comparación con la época cuando. Pero ya se vive de otro modo - hay que admitirlo - y contestó yo no tengo por qué admitir nada.

Pero no digo eso, que eso no importa, que fue circunstancial y fortuito y aledaño, ¿aledaño?, bueno, me entiendes, digo aquello de que lo que ella estaba diciendo haber dicho que recordaba no estaba siendo fiel a lo que en realidad sucedió y alguien replicó:

-¿Y qué?

-¿Cómo que y qué? - ésta era Mónica -. Estabas recordando un otrora (dijo otrora por remontarse a un pasado de su agrado, por de alguna manera congraciarse) en el mejor de los casos desvirtuado, cuando no tergiversado.

-¿Qué quieres decir? - preguntó.

Y miró el cogote de un señor que estaba de espaldas.

-Erróneo, falso, no veraz.

-Perdona - y titubeó entre el vaso de agua y la tetera pero al final agarró la cucharilla e inmediatamente la volvió a soltar -. Por un instante pensé que ponías mala intención, que lo decías por mí - y carraspeó y ahora sí bebió y en una de las mesas junto a la barandilla un hombre muy joven recién llegado se inclinaba besando a una señora de perfil y de bastante más edad, demasiada diferencia para -; pero ¿qué sabras tú?

Y el gorrión se había marchado ya.

-Aquí el relato se interrumpe.

Se ha callado sin que en el aire haya quedado flotando la promesa de un a continuación y el silencio me permite regresar al presente y tomar consciencia de que no es verdad que yo los esté oyendo conversar, que ni tan sólo conozco el timbre de

sus voces; ni haya visto titubeo ninguno ni tetera ni hectareas ni a nadie perdido ni agarrar cucharilla ni mala intención interpretando equívoco beso alguno inclinándose sobre señora de perfil.

-Y, a continuación, sin esperar a ver si por fin él se decidía a romper el silencio en que se sumiera tras el brillo de las perlas que Egle renunció a ver con sus propios ojos...

-¿Egle?

-Sí. Pero sólo por jugar con las palabras, nada más porque pensó que era la Hespéríde que no concordaba con nada... se centró en sus propios recuerdos porque pensó que a aquel señor le parecería, aunque no lo dijese, mejor que se ciñera a hechos reales de su propia vida y seguir adelante aunque no lo estuviera diciendo por no condicionar su autonomía y su independencia y su capacidad de decisión y todas esas cosas que ella había dicho echar de menos cuando él dijera qué quiere que hagamos y ella contestase no podemos hacer nada la propia historia no puede cambiarse porque se equivocó.

Y aceleró.

Aunque quizá no tanto como pudiera parecerle entonces y, ahora, descalza mirando al techo con los pies cruzados manifiesta que tal vez fue tan sólo la sensación que entonces ella tuvo.

-Y omite, dejando escapar la oportunidad que se le brindara servida en bandeja de plata, responder que dejarlo y nunca más volver a la pregunta qué quiere que hagamos.

Que si bien error sí que lo hubo lo que sabe con seguridad es que no hubo mala intención, ¡cómo iba a haberla!, y que jamás pensó que no se estuviera teniendo en cuenta su felicidad; pues claro que ellos creyeron estar haciendo todo lo posible porque fuera feliz.

-Si bien, y esto parece ser que lo explicó mucho más tarde, aun sin saber decir el porqué de ~~no haberse explicado~~

que ciertamente no se explicó y lo sabe, lo cierto es que es taba pensando de verdad estar creyendo querer explicarse.

Si había dicho otra cosa - y pensaba que sentada y con los zapatos puestos estaría siendo igual - era que se había expresado mal figúrese si ninguna de las niñas del barrio tuvo lo que yo: un uniforme muy elegante en invierno y falda de mil rayas en verano y aquel ambiente.

-Amigas, no. Pero.

-Capilla y todo y en la cocina office y una tarde que le dolía la barriga que fuera allí y pidiera que le hiciesen un té y regresó que sí, que mejor ya, mucho mejor, pero sólo había dado vueltas sin saber qué tenía que buscar y cuando mucho tiem po después lo supo recordó que había pasado por delante de largo porque que pero cómo hubiera ella podido saber.

-Y que la madre, y que ella lo sabía, alguna vez se lamentó de pero cómo su padre y yo hubiéramos podido saber.

Y que pero que y quién. Dice.

-Pero no tuvo tiempo de explicarlo porque han pasado los cincuenta minutos, cronometrados, y hasta la semana que vie ne, en este punto lo dejamos y ella se calza los zapatos, de ta cón siempre, y tira del pomo de la puerta y entra en el mundo exterior y, entonces, con la puerta tan sólo a medio abrir o a medio cerrar, según se mire, es cuando dice:

-Vamos a dejarlo, ¿sabe?. No volveré.

Y entonces él preguntó si es que era americana, ¿ameri cana quién? - y que como pensó que una de las dos manos casi no le hacía falta cogió el último pétalo de sobre su falda y se lo echó a la boca -: ¿por qué si en ningún momento he dicho yardas?

Y él que pero en todo caso yardas es de longitud. Su pone.

-Es igual, es igual. Bobadas.

Pero no le presta mucha atención o piensa que no mere cen la pena esas diatribas o tal vez es sólo no estar sabiendo

por dónde tirar o es que a tí no te ha pasado nunca o qué.

¿No te ha pasado nunca?

Estar viendo algo con absoluta nitidez, casi tangible como si de verdad estuviera estando ahí, hasta el olor pasajero de alguien que te rozó, detalles insignificantes adheridos a la fragancia a pino en la chaqueta del otoño pasado en naftalina disfrazada de aroma de lavanda que al fin y a la postre y al remate termina trascendiendo a alcanfor y pegados sin posibilidad de separarlos a objetos cotidianos ya imposibles y sin embargo qué pues no.

Y:

No me extraña que un fiscal astuto logre terminar arrancando confesiones que. Pero no habiendo víctima ni sangre ni daño nadie se va a ocupar.

Y distraída mirando un tractor al otro lado, en la cuneta, salpicado de barro, relata una vez que estuve en el sur de Francia me pareció curioso que los tractores y las granjas estaban cuidadísimos, como si en vez de para usar estuviese todo dispuesto para rodar una película intimista, tipo Rommel.

-¿El zorro del desierto?

-Pero claro que no...Rohmer entonces, El Rayo Verde y muchas más pero aquí mire todo se nota que es auténtico - y se sacó de la boca el pétalo que con la saliva se pegó fácilmente en su mejilla - ¿me favorece? - pero se lo quitó y lo pegó en el cristal Y -: No sé si no lo vamos a lamentar.

Y ahora también suspira ella pero inmediatamente se pone a canturrear.

-Tampoco puede ser tan desastroso - y como ahora no conserva con él el jipijapa no tiene con qué jugar y se contenta con encogerse de hombros.

-Si no fuera porque usted lo llama confianzas y le dan cien patadas...pero debe de ser cuestión de temperamento, claro, que tampoco lo van a hacer adrede sólo para que los de

aquí comentemos mira los franceses, ¿verdad?...¿o no lo dijo y pensé por usted?...le contaría, pero...Terminaremos por echar en falta no haber tirado por el camino de atrás y si no espere. Me lo reprochará.

Pero que él cien patadas así, palabra por palabra tal cual, en ningún momento lo había dicho. Que se expresaba con bas tante más propiedad.

-¿Por qué será tan negativa?

Y que se lo explicó y que eso por pincharla, si quería como si no. Y que al final de su larga exposición (¿clara y con cisa?) añadió - porque le había quedado una no sabía qué sensa ción de ambigüedad, por lo visto -: si sabemos que es un Rolls, que ahí está el angelito, y además Inglaterra está más cerca no veo la razón para estirarse hasta América.

Y que ¡que vaya manera sinuosa y laberíntica de razo nar y discurrir!

-Y el notario cerró la calculadora, pequeñita, de bol sillo, japonesa y dijo firmen, aquí, y marcó con una crucecita. Y yo dije yo no, yo no que yo renuncio y él dijo no importa, no importa, usted recibe y luego renunciará pero eso ya entre us teds.

Que cuestiones familiares, siempre muy delicadas.

Y que no pudo resistirse a remachar es absurdo pero el notario la miraba entre suplicante y al filo de la histeria y vamos señora por favor y aunque con mucha desgana se doblgó.

-Creo que es el procedimiento, paso por paso - y que miró las alitas desplegadas, pensativo - ¿sabe? - e indicó con su mano -: en los modelos de estos últimos años ya no va, se les exigió suprimirlo.

-Bueno ¿Pero tengo o no tengo razón? Y aún mi hermano el mayor dijo discúlpela es un alma sencilla no apta para la complicación.

Y dio dos golpes secos con la palma de la mano sobre

el volante, impaciente, y:

-¿Tengo o no tengo razón?

Pero no espera a ver qué le responde y desprende del cristal el pétalo y se lo coloca en el centro de la frente y mire como el lunar que se pintan las mujeres de la India, creo que tiene un significado y no es sólo por adornar. Cree, y finalmente con un poco más de saliva se lo pega en el dorso de la mano izquierda como si conservarlo fuera primordial y tomada la determinación se pone seria y:

-Pero déjelo, vuelva mejor a lo suyo, que lo que no irá a negarme es que no hablaba de perlas. Reconózcalo.

-Sin el menor empacho - que replica - lo reconozco, pero tampoco he alardeado de ser orador. Así que...

-No maree la perdiz.

-Ni cazador.

-Oooooooh...oh...oh - y que un poco molesta, menos de lo que quiere aparentar, eleva los ojos al cielo a través del parabrisas y entonces ve una nube pequeña que antes, allí, en el desconcierto del sendero, hubiera ella agradecido porque le hubiese permitido decir vaya se está nublando...aunque era una nube pequeñísima, casi ridícula... puede que cambie el tiempo aunque en realidad era poco probable pero todo el mundo está al cabo de la calle de que los fenómenos atmosféricos de toda la vida han sido un tema recurrente. Pero no quiere ella ahora recurrencias. No. Se mueve ahora en el terreno de lo serio -: habló de riesgos y traumas, de renunciadas y celadas. Ahí estuvo, haga el favor de no desmandárseme que el que empezó fue usted.

-Veamos - que parece avenirse, y se rasca el entrecejo y le enseña una pipa que ha sacado de su bolsillo superior, de junto a los picos del pañuelo, una pipa que ella vio desde el principio pero no le prestó mucha atención - ¿Le molestaría?

-¿Que fume? No, no. Es un olor delicioso.

-Veamos - repite, entre dientes mordiendo la pipa, y



se va proveyendo de lo necesario: picadura (holandesa, es la mejor, que le dijo) y un pequeño adminículo que le dice se llama atacador con el que hurga y remueve y presiona -, paso...- y parece que tira, y suspira-...por paso...¿De veras quiere tener razón?

Y Mónica no sabía responder, si se lo estuvieran preguntando a ella, si alguna vez deseó en el fondo de su yo tenerla o si le resultó, desde siempre, menos comprometido someterse a la razón de los demás.

-¿Razón en qué? - echando mano de forma automática a la palanca, sin mirar, como hacen los conductores versados y con la vista al frente - ¿en qué, razón?

Sin llegar sin embargo a tocarla porque hasta ella sabe que no viene a cuento ninguno el cambiar.

-Razón. Razón. Parecía muy interesada: tengo o no tengo razón. Que dos veces lo pidió.

-Ah. Pero es un interés muy desapasionado. Sólo me intriga si la tengo o no.

-¿Y qué con eso? - definitivamente tiraba.

Exhaló una bocanada de humo y se repantigó:

-¿Y qué con eso?

Pero éste es un señor, piensa Mónica, mucho más corpulento; eso por un lado, y, por otro, la circunstancia de que las posiciones no permiten que le vea la cara le está restando elementos de juicio para valorar si la expresión está siendo la misma, la un poco zumbona que imagina en el otro.

-¿Cómo que y qué?

Y la señora que inquiere desde el otro lado de la mesa lleva, en su opinión, demasiado maquillaje y: debo yo estar alerta para que a su edad no me ocurra lo mismo. Piensa.

-¿Cómo que y qué?

Y con un esfuerzo por desasirse regresa a su aquí y a su ahora tres mesas más acá y se reacciona ¿quién te ha mandado a tí pensar? y se incorpora como quien se zambulle en el nosotros

que no sabría precisar con exactitud desde cuándo le está pesando más de lo que cada día se siente menos dispuesta a soportar.

-¿Lo ves?. También ella refuta cuando le está pareciendo que lo tiene muy claro.

Y ni siquiera sabría decir por qué lo ha dicho cuando ella misma, la propia Mónica, ha sostenido siempre que los y qués que para unos resultan evidentes resultan como de otra galaxia para otros. ¿Por qué?

Pero la mandaron callar con así no hay forma de centrarse en nada y todo es divagar y Mónica se replegó de mala gana.

-Y ella siguió con que es importante, vital diría ella lo más fundamental y perentorio en la vida, apostilló con mucho énfasis y mucha pasión, estar exacta y puntualmente al tanto de las propias sinrazones para desterrarlas cuanto antes y no permanecer ni un minuto de más ni de exceso en el error.

Más o menos. Claro.

-Pero, hija mía - que le dijo -, yo casi ya mejor de esa hebra no tiraría - sin saber recordar si la frase fue exactamente así o es que andaba abstraída en un hilito del puño de su blusa, con sus uñas tan cortas -. Usted misma parece estar reconociendo que cuando la tuvo el tenerla no le evitó el dolor; que le amargó la vida casi más que el saber que no la tenía cuando no estaba teniéndola.

O algo así.

-¿He dicho todo eso yo?

-Palabra por palabra he de decir que no.

-Está bien. No se quiere usted manchar las manos y es indudablemente su derecho; lo puedo entender - y mira con un rencor pueril a la nube minúscula con forma de pato que por qué no no cisne (se lamenta) y siempre serás (se reprocha) cohibida y apocada...irresoluta y...- y es, de todas maneras, demasiado tarde. No importa ya.

-Y añade que pero que tampoco es que ella haya tenido nunca muchas aspiraciones - y reduce a tercera aunque no es tam

poco que estén yendo ahogados, pero bueno -, pretensiones ni de de lirios de.

Y Mónica pero claro que...y ¡chis!

Que chitón.

-Nunca es del todo así. Pretensiones y delirios siempre los hay. Si se fija atentamente verá que, al amparo de la humildad, se agazapa con frecuencia la soberbia, la vanidad y el orgullo de haber ganado un punto para la virtud y se dará cuenta entonces de que...- y que ella aquí hubiera respondido, de haber sucedido que se le ocurriera en el momento y no mucho después "también puede estar siendo determinación" aunque de todos modos tampoco tuvo tiempo porque él ahora y sujetando la pipa con los dientes se miró las manos y - no vaya a creerse, ¿eh?, que limpias del todo tampoco las tengo. Mire.

Pero que lamentarlo, mucho mucho, tampoco lo lamenta... sí, el no haber respondido; que él se hubiese sacado, quizás, una carta nueva de la manga y "¿quién puede tener desde sí mismo, así sin perspectiva, virtud suficiente para trazar la línea divisoria que separa por su exacto punto medio la nonada que sublimada te elevará a lo eterno o manzillada te arrojará al averno de un fulgor perecedero".

-Aunque segura, lo que pueda decirse por completo segura, tampoco puede estar, que todo es suponer, que ella no dijo.

-Y si no dijo qué fundamento se puede estar teniendo para suponer lo que él hubiese podido responder.

Y que mire usted. Claro.

Y que se las enseña. Y ella las mira, abiertas, con sus rayas y todo líneas esas oscuras que sabe que hay quien sabe que las sabe leer. ¿Pero bien?. Y mirándolas piensa que la está sometiendo a un juego de niños.

-Para usted es muy fácil. Usted puede...

-Cualquiera puede - que le dice -, ya lo sé y usted seguro que lo sabe también. Pero, qué quiere, que me despoje por

completo de mi vanidad, de mi egoísmo y de mi afán de perfección ¿de todo eso quiere que me desprenda y que la obsequie con una respuesta generosa al cien por cien?

-No. Claro; que sería casi temerario el pretender esquivar el riesgo de ir a caer en un altruismo ruin, ¿verdad que sí? - y se sorprende escuchándose sarcástica y pega un pequeño bufido que remata con una vibración de labios que, a Dios gracias, en seguida lo distinguió y, loado sea el Altísimo, no fue pedorreta aunque parecerlo y bastante sí que lo pareció y -: parece evidente, al hilo de su planteamiento - agregó, en parte por presentar excusas y en parte por mitigar un algo del tonillo cáustico que a su pesar (y en esto insiste) prevaleció -; que hasta yo me doy cuenta aun siendo como soy una necia.

-Evidente pero inevitable.

Y que miró por un instante y con fijeza al frente, y que quién puede sustraerse a la tentación de querer ser brillante, pero a ella no le pareció que tuviera la vista puesta en un punto concreto, sin saber ya desglosar si es ella quien piensa o él quien dice, sin intuir que estuviese apercibiéndose a lo lejos de nada en especial, lo que pudiera no sabe si estar siendo una quiebra:

-No hay forma ninguna de poder discernir si cuando estamos queriendo el bien, la felicidad, lo mejor para los que decimos querer lo estamos deseando por.

Y que aquí se calla en seco, y que los hubo que dijeron que él y que los hubo que insistieron en que ella, sin ningún punto suspensivo en el aire que remita a la promesa de una continuación o por lo menos un remate y protesta que no quiere dejarse llevar por la tentación de querer resultar inteligente...

-Pues era él.

-No sé - porque hay personas muy reacias a dar el propio brazo a torcer.

...que ella parece estar exigiéndoselo y termina por llamarla tirana.

-Te lo dije. Era él.

-¡Tirana yo!, ¿tirana?

-Tirana cuando toda la vida se le subió todo dios a a chepa.

No, no. Perdón. Un momentito. Un instante (y ésta es Mónica - en una foto, piensa, desobedeciéndose y superponiendo sin certeza, alguna vez quizás en blanco y negro y que ahora de be ya de estar color sepia - que se está esforzando en ser come dida, contemporizadora, pero parece demasiado para ella que se ha retorcido los dedos y ha echo tornillos con todas las servi lletas), una mínima matización porque por ahí no paso ¿eh?, no paso, ¿vale?. No paso pues porque no puedo pasar (que así de sen cillo y con sus dedos abiertos limpia - yo lo vi - la misma por ción de aire que se limpiaría de cristal para mirar a través de una ventana empañada) porque la idea que yo tengo es, y de algu na parte tengo que haberla sacado (dice)es que él replicó...que lo que él argumentó fue anda (coma) pues claro pero qué quiere que le diga (coma) ¿qué espera? (punto) usted me hostiga (coma) me presiona (coma, y lo siento pero son las que hay) siento que exige una respuesta sabia y yo como un imbécil caigo en la estú pida vanidad de querer dársela (punto, pero no quedan más) - y se oyeron suspiros de alivio aquí y allá - pero aquí se terminó el palique (dos puntos, pudiera tal vez ser punto y coma pero los dos puntos me parecen más limpios - que los veía con mayor niti dez dijo y el desaliento tornó a enseñorearse de los ánimos) no sé nada y se acabó.

-Ahora el suspiro sí que fue general.

-Y muy profundo.

-Y caramba y que parece que fue aquí donde agregó tirana.

-Y ella se sintió injustamente tratada.

-Y protestó lo de la chepa.

-Y que dijo sacrilegios.

-Porque Mónica tuvo siempre una moral muy estrecha.

-Y que en este dúo de posibilidades no hubo forma ni modo ni manera de saber cuál pudo ser la versión auténtica.

-Y no porque en su momento no estuviera allí sobre el mantel la verdadera.

-Que eso nadie lo puso en duda.

-Nadie. Ni aun los más acérrimos detractores de la más inasible...¿cómo seguía?

-Inasible e insignificante omisión de coherencia. Si es que me enteré bien - dicho esto en un tono parecido al de quien al hablar pide disculpas.

-Sí. No. No porque no estuviera allí sobre el mantel sino porque era ya primavera muy avanzada.

-Sí; primavera. Ni anoraks ni camisas de franela y sí una terraza de Recoletos y escotes y...

-...y tirantes y sólo una sensación lejana ya, desdibujada y...

Y, pues justo, mira tú por dónde esa sensación diluida e intangible (y con una aguja muy fina que no sujetaba entre el pulgar y el índice marcaba Mónica orificios en el hilo de un mantel de nada en el que nunca bordaría bodoques porque tampoco hebra llevaba) es lo que cuenta. Lo único que en definitiva tiene que quedar y queda.

Que nada más la esencia.

Y que ya estaba harta (estoy hasta la coronilla, dijo) porque que ya estaba bien (ya está bien) y que le llameaban las pupilas, porque que la vida no es nada ni tiene sentido ni estaría encerrando la menor posibilidad de aprendizaje si tan sólo va uno a llevarse consigo hasta su pequeña eternidad y en el mismo saco en el que arrastra su par de certezas (o tres, todo lo más, que dijo, y yo pensé no sé si no van a estar siendo muchas) el dato y el color y el instante irrefutables aquí (aquí, dice, y golpea con vehemencia y con su uña - quebrada - un almanaque

pequeño, de bolsillo, un calendario de propaganda de un taller mecánico con las fiestas en rojo y los laborables en negro) y sin querer saber nada de qué sentimientos acompañaron, aun en la sombra, cada acto propio ni los gestos de quienes aunque fuera allá en el otro extremo del mundo lo compartieron y quién sabe si no, incluso, en distinto momento.

-Más o menos, claro, desde luego.

Y que entre la nutrida concurrencia unos estuvieron de acuerdo y otros no. Pero que eso pasa siempre.

-Y que, de todas maneras, se nos acaba de terminar la gasolina - y echó el freno de mano -; que se lo cuento mayormente por si le alegra. Hala.

-Y que tampoco nos ha sobrado carretera. Mire.

Y era verdad. Mamá siempre tiene razón. Allí fuera el grogré gris de la cinta tersa del asfalto lo había cortado con un tajo rotundo (no, modista no, pero sí tenía mucha idea para la costura y siempre se le había dado muy bien) y sin dejar hilachos una tijera enorme que, entre sus puntas lo mismo que un gorrión sujeta con su pico una brizna (y sobre la mesa del comedor, la que se utiliza sólo en ocasiones como aquella vez que vino un señor de algún país del sur de América amigo de papá desde cuando la guerra pero la conversación rápidamente decayó, ha extendido la tela y dispuesto el jaboncillo, la cinta métrica - el metro, traeme el metro, monicaca, aunque todo el mundo sabe que mide metro y medio - y la bobina de hilvanar) alzó por un momento el trozo que no iba a hacer ya falta (eso creyó - mamá ¿voy a tenerlo para el cumpleaños? pero dijo que no sabía porque faltaba sobrehilarlo - al menos) y lo arrojó lejos para luego anda bueno mira qué tonta ve corriendo y tráemelo. Tiene que estar encima de todo.

Y no irás a decirme que no es ésta igual de bonita, o más, que la que tú querías.

No. Claro que no. Viendo la tela, ahí.

Y toma mamá, sí, justo sobre las cortezas de naranja. Qué bien (la tijera, ¿dónde está la tijera? anda, Mónica, moni caca, ve y tráemela y es un juego de palabras y monicaca signi fica muy pequeña aunque nunca luego de mayor ha buscado si figu ra en alguna enciclopedia. Pero es: lo sabe porque se ve) y que para la tarde se lo terminará pero eso fue algunos días después y cuando lo tiene ya cortado da un suspiro de satisfacción, el primer paso ya está dado, y prendido nada más con alfileres se lo prueba y dice ten cuidado (es, aunque no puede aportar ningu na prueba ya a pesar de que quienquiera que quisiera ver su par tida de nacimiento y alguna fotografía que por supuesto no con serva - aquí me equivoqué, la pensé sepia pero cómo yo hubiera podido saber - podría ver que creció) que te puedes pinchar y mamá parece satisfecha, ¿ves?, ya te has pinchado, pero porque mamá sabe lo que tiene en mente y no porque de momento se pueda ver nada: sabía que te ibas a pinchar, lo sabía y no protestes mira te has hecho sangre (creció, sólo sobre el papel, sí, ya lo sabe, pero creció y eso no puede ponerlo en duda nadie y al año siguiente esos patrones tan bien guardados no servirán pero ¿quién sabe? siempre decía, puede que) y luego, de regreso, qué te dijeron tus amigas y ella, Mónica, que que muy guapa y que muy bonito si no se despistaba y se le terminaba por escapar de entre los labios un descorazonador NADA.

Y que cómo era posible, ¿NADA?, después de haber cami nado hasta la orilla mismo, que cómo, clazada con sus zapatos más altos y más finos elegidos ex profeso para la ocasión ¿qué ocasión? por verificar que ciertamente nada aun habiéndose empi nado por si un poco más allá ¡que tontería! aunque hubiera sido hecha un ovillo la carretera, pero no.

¿Has mirado bien?

Sí, mamá.

No, si tendré que ir yo. Hay que ver qué niña.

-Pero no puede ser.



Pero no puede ser. No puede ser porque trabajó mucho, y trasnochó. Hay que tener en cuenta lo laborioso que ha tenido que resultarle puesto que es únicamente aficionada, con muchísima idea y buenísima voluntad pero nada más aficionada, pero en la que de verdad se llama la primera prueba - esa que va en hilvanes - ya empieza a ser fácil imaginárselo y que le diga si le tira. Y ella, Mónica, que no.

Quítatelo y pon la mesa. Anda.

Y aunque jamás lo dijo siempre pensó que nunca podría ser lo mismo.

-Pero no puede ser - repite.

Y tironea con desconcierto y no poca aflicción de las vistas de su torera su mejor traje que cuándo mejor ocasión con sus mangas tres cuartos porque no tiene ya edad para enseñar los codos y se aguanta las lágrimas y no que no, que no había allí ninguna fiesta de cumpleaños ninguno una doncella uniformada y delantal y cofia que no, que no cumplía años la señorita, la señorita se había marchado al cine con unas amigas. Entendería mal.

Pero sabía que había entendido muy bien.

Mamá trabajó mucho y trasnochó en las noches de invierno porque la hora de preparar la comida se echa tan pronto encima pero las noches de invierno eran largas y la candelaria trae la vela y el ángel se la lleva (sabiendo yo que no es así y sin saber tampoco cómo es...que si pudiera preguntar a la mía pero) después de haber recogido la cocina y fregado los platos y ahora no le puede decir que...

-Pues vuelta de hoja no hay.

Y fumaba tan ufano de su pipa, allí de pie, como si no estuvieran teniendo ningún problema y ella todavía ya de nuevo en la calle y tirando perpleja de los bordes de su chaqueta de cuadros rojos y azules con falda tableada miró con insistencia y una incredulidad digna de un par de bofetones (se dijo de mayor, un mediodía lluvioso y con sus lábios rojos) el número del

portal, cincuenta y tres, y en la esquina una vez más el nombre de la calle y pues claro que era ino iba a ser! pero no le ha brían hecho caso si hubiese dicho no quiero ir porque no me lo creo. Y por eso fue y luego ¡papá!, grité, desde la punta del bulevar grité papá papá que no había cumpleaños y regresamos un poco triste él y yo no tanto pero los recuerdos de una y otra eran tan diferentes y algo parecidos.

Si ella, ahora, allí, con su falda estrecha y sus taco nes los más altos lo hubiera sabido porque alguien se lo hubiese contado habría dicho no puede ser o, al menos, no hubiese compre nido o al menos no del todo porque en su caso todo había sucedido justo al revés, que lo que a ella le dijeron fue precisamente para qué si no vas a ninguna parte.

-Pero ¿qué sentido tiene? - y vuelve de regreso ya hacia el coche caminando hacia adelante en dirección a él y obs tinándose en mirar hacia atrás, hacia un adelante que a su espal da no había - ¿dónde puede estar la lógica de hacer con tanto esmero hasta la última milésima de milímetro y de repente cortar?

-Que la hubiese dejado más conforme que los últimos kilómetros hubieran sido una sucesión de baches, ¿no?

Y que tuvo la boca abierta para contestar ¿y cuántos kilómetros de mi vida han sido lisitos? pero que lo que en ver dad contestó fue:

-No. Claro que no. Pero que...bueno. No sé.

Pero sí cree saber, aunque no lo dice, que Mónica no hubiera mirado nunca atrás, que esa Mónica de la que alguna vez oyó no sabe dónde y que algo le recordó de lo que ella misma nun ca fue no era propensa a acarrear recuerdos porque las personas que resolvieron sus decepciones de manera distinta a como las re solvimos nos parecen siempre más fuertes que nosotros mismos ni a acariciar nostalgias ni a verter lágrima alguna sobre ningún pasado, que todo lo contrario, que no arrastraba nada, que ni con servaba ni guardaba que a quién habría salido, tan despegada que

no parecía ni de la familia.

Y abre el coche y se cuelga el bolso y empieza a caminar despacio calle abajo, pensativa, diligente, y el ramo tanbién, con movimientos seguros, indecisa, algo habrá que hacer, matar el tiempo, nunca había roto un plato ni sabía mentir, y tampoco, habrá salida, ella tampoco - que ya le dijo (ya le dije dijo) que con sus hermanos no se llevaba y más que de la misma sangre parecía prestada - se parecía a nadie de su familia, no sabe cuánto puede durar una fiesta de cumpleaños, pero sí rompió un día sin querer un pulverizador para colonia (tráigale mejor colonia fresca - le dijeron - la que viene en su equipaje es más...personal) sin querer pero mamá le regañó...

Si me hicieras caso. Si hicieras caso a mamá.

Y luego que perdón (perdone - le dijeron - pero es que es la hora de comer ¿Sí? A la una ¡Qué temprano!) pero ya era tarde.

Lo mejor para tí. Ya lo verás.

Si eso ya lo sé, mamá. Pero ellas, las niñas, lo verán de otra manera (con la cabeza gacha y en silencio - anda, ponte derecha - mirando los cuadros blancos y negros del dibujo del suelo, arrimándose a la mesa camilla) y se burlarán. A ellas les compran los vestidos ya hechos, en la calle de Serrano, sin decir nada.

Y abre el coche, y se cuelga el bolso, y el ramo tanbién y "tenga, su sombrero, póngaselo y si es tan amable permí<sup>me</sup>tame que me agarre de su brazo - y sonrie muy satisfecha y levanta una pizca altanera la barbilla - y venga. Vamos".

Vamos, ponte derecha. Y se endereza con desgana pero sabe que no se lo puede decir porque son muchas puntadas.

Es que me canso. Dice, por decir algo.

Ten un poquito de paciencia. Ya queda poco.

No. Queda una eternidad (sin despegar los labios. Hay días - le dicen - en que apenas despegas los labios) y no sé cómo puedes no verlo, mamá. Con lo claro que está.

De todos modos hacía siglos que no recordaba ya ni el nombre. Una niña de su clase; nada más.

Y algo de que puestos a terminarse la gasolina no podía haber elegido un momento mejor que justo al final mismo del asfalto cuando ya no había opción, que la situación era ahora un inescrutable designio del destino donde no quedaba espacio ninguno para recriminaciones respectivas ni para titubeos ni para indecisión y que allí se quedaron parados como que para siempre, al lado del Rolls que ninguno de los dos sabía conducir con soltura y que tampoco el saber les hacía ninguna falta ya y de espaldas a un antes por el que ninguna de las dos se estaba planteando al parecer retroceder y de cara a un después por el que parecía estar claro que no se podía continuar y Mónica los miraba a todos, con sonrisa nerviosa y un leve agitar de las aletas de la nariz aunque en realidad no fue más que un momento, perpleja tras su perorata sobre un pequeño almanaque de bolsillo de que no la sorprendiera simpatizar con los que disentían, atónitos (ella más y él cabe la posibilidad de que nada o apenas porque a estas alturas de él nada se sabía) de no estar sintiéndose perdidos, maravillada de que no la asombrase discrepar de quienes asentían.

¿Por qué todo siempre tan contradictorio, tan complementario en cierto modo? ¿Por qué siempre el trozo de respuesta que parece intuirse totalidad de la solución que no se alcanza ha de ir a agazaparse tras el trozo de pregunta que nunca se le ocurrirá a quien la está buscando?

Casi mejor (se dice, aunque no se decide) y en algún momento debió de guardar la aguja y el punzón en la caja de costura, aquel cestito con guindas y hojas de fieltro adornándolo, porque ya no están. Quizá decidió olvidar su ajuar, Mónica, cambiar de planes, se hace larga la tarde y sin que se le ocurra dónde ha podido estar, ¿en el cine?, ¿con quién?, ¿qué has visto?

-Demasiadas improvisaciones.

-No puede ser.

Olvidó su ajuar y sin embargo, ahora, cuando mamá pregunta tienes novio ya dice sin pena pero mamá si tengo ya...años años que nunca dice porque mamá dice qué barbaridad no pueden estar siendo todos tuyos que tú tienes...y le quita las más de las veces la mitad. Ahora.

Que ahora vuelve. Entonces.

Lo sé, lo sé - piensa ella - va al baño; no sé ya ni cuántas horas llevo queriendo ir también al baño yo.

¿Y las que yo llevo qué?

Es un habitáculo pequeño, aunque coqueto, eso sí. Los grifos cabezas de dragones y no las colas de sirena de las patas de aquella bañera enorme del colegio. Cuarto de baño. Nunca ya nunca más lo supo decir de otra manera (retrete, en el corral del pueblo había un retrete y entraban las gallinas y me miraban a los ojos, a mí, era muy violento) aunque fuese un cuchitril infecto y sin pestillo de un anden de estación (decía, muchos años después un mediodía lluvioso y con sus labios rojos) y que tampoco era el caso.

-Que tampoco era el caso.

-Que las cosas como son.

-Y que se dibuja la propia curva de sus propias cejas con sus propios dedos en el espejo ovalado que dos querubines alados le obsequian solícitos.

Hace un poco de sed. Ella tomaría algo aunque por fortuna no hay ni dónde ni qué. Casi mejor. La presencia del inconveniente pospone el problema: no hay mal que por bien no venga y tal día hizo un año (sí, que su madre siempre fue muy refranera, dice, pero no sé yo si ganaría a la mía). Y se te pasará.

No era fácil, pero no dijo nada, que total para qué.

Y que a ver, a ver. Que no sabe ella si las malvas no están un poco deslucidas itanto calor! - y que ni sabe si lo son - con ese fin de verano tan cálido de más. Las endereza en el

ojal; que le permita - permítame, dice - y ahora todo son dilaciones y demoras después de haberse agarrado con decisión del brazo y la barbilla alzada y haber dicho muy resuelta "vamos".

-Así - y aún un toque a las malvas - y el sombrero que ¿no será un poco más ladeado?, ¿un poco más hacia atrás?

-¿Así?. No - y se lo vuelve él a echar hacia delante rectificando, con un algo de chufla mesurada -. No, señora mía, que ese era Robert Mitchum en mangas de camisa en La noche del cazador.

-Ya. Pero yo no la he visto.

Mónica sí. De niña. Yo también. Malo, malísimo, un ser despreciable...pero simple; el cine de antes no trataba los sentimientos como sí los supo tratar el de después, el de ahora, en profundidad...excepto los superficiales, claro. El cine de arte y ensayo supo llevar a la pantalla muchos más matices, muchas más sombras y luces arrojando incógnitas sobre personajes más complejos debatiéndose entre el ser y el no-ser y la existencia y todo eso.

Pero eso fue mucho después.

De niña le hacía gracia ver las películas en que salía Shelley Winters que era como estar viendo a mamá ahí, en la pantalla. Mi madre se parece a Sely Güinters, decía, aunque ya sabía ella que era una similitud muy subjetiva que luego nadie reconocía, ni aun su propio padre que ¡qué se va a parecer! (que le decía). Pero sí, era algo en el gesto, y en la cintura y en los antebrazos y en los párpados.

Parpadea.

-Alarga la mano y llega de nuevo hasta la manga un poco arrugada ya del uso

-sin llegar a rozar el espejo ovalado de los querubines

-de lino crudo

-porque sabe que no hace falta dejar huellas y mil veces se lo ha advertido

-su traje de indiano

-que qué mania de poner los dedos

-en la puerta del armario de la habitacioncilla, de doble luna junto a la camilla y la pareja de sillones de mimbre.

Niña latosa. La puerta de la izquierda ábrela sólo si sabes seguro estar queriendo algo. Sabes que se cae. Un poco en debles, los sillones. Mamá siempre con algún kilo de más contra el que luchar y, ahora, tan frágil.

-Que ha debido de ver muchos caminos

-y, ahora, ninguno

-su traje de indiano de lino crudo y su sombrero de ala

-ninguno y aunque las dejase marcadas no iban a demostrar tampoco nada: eran sus propios dedos y el tacto frío del espejo pero prueba ninguna de que no fuera la figura de Mónica la pesadilla del propio desvelo de la propia Mónica me despertaré y no estaré ya, no seré. Y aunque mamá le regañase, tampoco, que ella seguiría preguntándose ¿será a mí?. Porque puestos a fabricarse inexistente en un mundo que no existe por qué no haberse forjado también, en esa mente suya que no sabe si le pertenece o no, una mamá que con sus ojos verdes pensados por ella vea las huellas y diga niña latosa.

Y:

Niña latosa - me dije yo a mí misma -, puede ser que no estés del todo sola.

Pero no es cuestión ahora de ponerse a confrontar pormenorizándose abismos entre madres. Hay que actuar y ella hace de nuevo el gesto de ir a soltarse de la manga pero se dice que no se puede refugiar ya más en más nuevos retoques. Él está, ella está, las malvas el sombrero el ramo el bolsito los tacones están pues está todo.

Hay que arrancar y juntos dan unos pasos paralelos.

Las madres de otras niñas de su clase se parecen a actrices más esbeltas.

No seré.

¿En tu casa no tenéis bañera?

Sólo media.

Ah.

Que no sería. Dice.

Parece tonto esforzarse en mirar no habiendo qué ver (cuidado - le dicen -¿sabe usted que ha perdido la visión del ojo derecho? No, no sabía y que es posible que ni ella misma lo sepa) y el brazo bajo el tacto del lino le parece seguro. Va a dejarse llevar. Gallinica ciega.

Incauta.

Regresa. Aliviada. Ha llorado. La miran. En la mesa de al lado una pareja joven de extremidades largas derrama cabellos resbaladizos (mamá, ¿puedo soltarme el pelo?. No, que se te enreda. Pero se lo soltó un domingo por la mañana que la había mandado por petróleo un litro de petróleo, dice mi mamá, para el hornillo y cuando regresó con el cabello al viento como un hada de cuento azotes en el culo y que mucho llorar) sobre desorden horizontal, plano, de materia en que los alientos se confunden y no saben. La miran. Me saben. Quizás me piensan luego tal vez existo. No te bañarás dos veces en el mismo río pero lo que ellos tienen entre manos y sobre la mesa son fórmulas y a ella nunca se le dio la física. Espacio velocidad y tiempo (le había dicho no tardes y ella había tardado, ella obediente siempre había tardado correteando entusiasmada por los montes - unos terraplenes donde se jugaba entresemana por las tardes, cuando no se iba de limpio - como una princesa que se ha perdido en el desierto y su vestido rosa y con su pelo suelto y: mamá, que habían cerrado) y muy poquito más. Manía que tienen los estudiantes de ahora de acudir a dirimir sus ignorancias a lugares de moda, concurridos:

-Mamá, ¿me pegaste en el culo por la trenza deshecha o porque habían cerrado?

Si pudiera preguntarle. Pero ya...

Ella no sabe cuántos pasos ha dado ni en qué dirección.



Los humanos caminando a ciegas caminan girando describiendo sin saberlo círculos en sentido contrario que los animales pero ella desconoce ese sentido y en esta soledad... ¡se han parado!... ¿abrir los ojos?... ¿descubrir?...

Dos pi erre. Rosa rosae.

Información. Materia informe. No-forma.

-Ah. Que usted sabía.

Que ella ha abierto los ojos pero no por mirar, que sabe que no hay nada, y sí por escuchar con ellos abiertos su sorpresa que ahora con la boquilla de su pipa se echa sí hacia atrás él el sombrero, ahora sí, ¿pero es verdad que pueda darse en la realidad maldad tan pura, tan sin mácula? y la mira entornando los ojos y del fondo de la garganta le salen dos golpes contenidos de esbozo de sonrisa hacia adentro. Con sordina.

-Pero si ha sido usted.

Formarse. Hay que estar informado. Forma.

Cúmulos, cirros, estratos y nimbos.

-No, que cerré los ojos. Me dejé llevar.

Y eso a Mónica no le parece serio. Ella se muestra escéptica. Mucho esnobismo. Mucha guasa.

Y yo soy otra.

-¿Usted? No se quede conmigo.

Mónica imagina que tiene que haber algo más, pero si alguna vez lo supo no lo recuerda. Hincad los codos en vez de y los mira con un rencor que ya no sabe saber si siente o no ni tampoco el porqué.

Algo más.

Ella desde su entonces y yo desde mi ahora también imaginamos, que tiene que haberlo, pero si alguna vez lo supo o lo supe ni lo recuerda ni lo recuerdo.

Que juntos se estudia mejor - pudiera ser - y que lo que no alcanza el uno lo acerca el otro.

Y está seguro cada uno de que quien está estando en el

misterio es el otro, y que el otro es quien está estando en po sesión de la media certeza - ah, se recrimina recordando ahora, ¿sólo media? ¡ah! Insensata incorregible siempre inculpó...con incomprensibles excepciones insidiosas (siempre le gustaron los juegos de palabras imposibles, dice)...de insuficiente la parcia lidad de la media verdad - sin estar tomando en consideración que en el reparto ha venido a parar a las manos propias otra tan ta proporción de...de...de...

Y me mira debatiéndose por recordar una seguridad que no la había asistido jamás posiblemente porque su porte no encajaba y mirando con la perplejidad de estar teniendo la mente en blanco aunque fuera nada más por un momento las punteras de mis zapatos de modo que se me antojó desatento moverme.

-...de...¿qué es idéntico aunque distinto de certeza?

Preguntó. Entornando los ojos y jugando entre los dedos con su melena corta porque una vez pasado el yuyo - dice - le parece bien que vuele, pero menos, que ya no tiene edad.

Y respondí tontamente evidencia pero replicó que eso no le servía y huy que no que no que no ¡pero qué va! - decía con muchos aspavientos y sacudiendo su mano en el aire como si quisiera borrar de la faz del prana tan enorme burrada, que se llenó de manotones el halo ese de colores que tenemos todos alre dedor de la cabeza y que no se ve porque es de algodones invisi bles y casi le digo oye que te los vas a dejar hecho una guarre ría y todo lleno de chichones pero me callé porque me pareció que ella no cree en esas cosas - ¡Pero si nada nunca en la vida ha dado pie desde que el mundo es mundo a mayores equívocos que la evidencia! - afirmaba, muy taxativa.

Y que la evidencia es quimérica y falaz.

Remachó.

-No creía.

-No. Creía que no creía. Que ella creía que no.

-Sí. Ni en esas cosas ni en otras muchas.

-¿Y en la evidencia? - pregunté, torpona.

-¿En la evidencia? - mirándome con una ceja un poco alzada, que me sentí fatal -: En la evidencia ya ella misma ha bía dicho que no. Que no te fijas.

Pero no se demoró en prolijas recriminaciones a mi des atención ni en mantener la ceja alzada más de un instante y dijo, riéndose un poco, "te advierto que yo pregunté algo parecido cuando me lo contó" para pasar acto seguido a continuar con:

-Y entonces dijo yo ví, sin que nadie me dijera nada, cómo ella, una tarde, había tirado del pomo de la puerta y se había marchado del corro grande de traumatizados impenitentes - que "¡cielos - que había dicho - quién no ha tenido algún trauma casposo alguna vez" - para entrar en el exterior de aquel peque ño pobre mundo cerrado y asfixiante pero me callé y no dije a nadie que ella se había marchado para siempre y que ya no regre saría nunca a aquellas citas jamás y que fueran a buscarla si querían (se ríe) pero que si no querían ahí les dejaba, de re cuerdo, todas las angustias y agonías que viviera, que podían quedárselas por si tenían algo que adornar, y que para que tuvie sen sobre qué ponerlas y en qué depositarlas les dejaba también todas las cenizas de la capilla y del office y de la niña de su clase y del cumpleaños que resultara de pega y de los angelitos barrigudos que orlaban todos aquellos marcos de todas aquellas puertas por las que siempre pasó ella un poco encogida y achica da, y los jirones de su uniforme de milrayas y los vidrios rotos de las vidrieras emplomadas de las ventanas que le dijeran en su día es el escudo de los duques de y pues de ahí el nombre tonta de la calle ah y, aunque desapareció luego en piedra y ladrillo propiamente porque la llegada de los tiempos modernos exigiendo ensanchar la avenida que pasaba justo por detrás lo mandaba y también arrasarlo el desierto del que nunca regresó con petróleo, ella, princesa perdida de tierra en su vestido rosa mira cómo te has puesto, ella, tonta de ella, lo había dejado existir du rante muchos años sin ninguna necesidad, que ella era una prince

sa verdadera...que así la veía, sin falta ninguna de desiertos cochambrosos de solar trasero.

Y que solamente cuando tiró del pomo de la puerta y dijo adiós fue cuando se quedó reducido, todo, a cenizas verdaderas.

Pero que ella no lo había sabido hasta mucho después.

Ah. Y que las lágrimas por la trenza deshecha las tuvo frescas hasta muchísimo tiempo después, que ya pasaban los coche a toda velocidad por la avenida flanqueada de edificios altísimos y ella aún las estuvo recordando hasta que...

-Porque había muchas cosas que por entonces ella aún no sabía.

Y yo tampoco.

Tampoco yo y creía que me iban a ser contadas, desveladas, y tal vez fuera por eso que en un principio pensé que iba a contarme lo que imaginaba que le había sido contado, mas, al ver que entraba por aquella puerta que me recordaba aquello de anoche soñé que volvía a...y nada más quedaban ya cenizas porque si la memoria no me falla la película empieza por el final desde fuera (yo estaba fuera; entrando no se me acercaba) no supe adónde iba y sólo que había desaparecido de mi vista cuando me sorprendió rompiendo a hablar:

-A todo el mundo le ha pasado alguna vez. Oír una frase y revivir en la memoria el lugar y el momento en que otra boca la pronunció otra vez. Suele suce...

Y lo que me desconcertó fue que lo dijo en un tono atiplado y equívoco como de voz prestada que al ser interceptada en el suce...cambió inesperadamente de registro para seguir:

-Y la boca en sí misma, propiamente - y me explicó con su tono natural que quien había intervenido ahora con risita pícaras era un caballero orondo entrado en años que provisto de una reluciente calva sonrosada y unas imponentes patillas entrecanas le sugirió de inmediato un personaje de comedia ajada pero por no haber visto nunca yo función alguna de la índole a que posi

blemente se estaba refiriendo no pude elaborarme una fisonomía certera para el tal caballero.

-Suele suceder - otra vez el timbre agudo y que la se ñora que estaba haciendo uso de la palabra no concedió al inciso más valor del que hubiese dispensado a un estornudo y lanzó al vejete una fugaz mirada de soslayo impregnada de ironía matizada con un punto de benevolencia prestando a toda esta explicación su tono normal para volver al afilado en -: suele suceder con frases cortas, secuencias cotidianas de palabras cuyo encadena miento es en sí mismo válido dentro de los contextos más dispares.

-Sí - y relataba que terció un caballero muy compuesto que leía aun no dándole la sensación de estar buscando un título concreto los lomos de los libros alineados en los anaqueles y me pregunté yo pregunta huera con qué criterio habrían sido dispuestos atendiendo a materia a título a autor o incluso a tamaño o a color de la encuadernación que de todo hay -. Ocurre algo parecido con los gestos...- que dijo y me refería ahora cómo entonces se había girado y dando la espalda a los estantes se retiraba las gafas de montura dorada acompañándose instintivamente del ademán de estarse despojando de las suyas que casualmente no llevaba y lo recuerdo porque yo le había dicho tus gafas -...ves un encogimiento de hombros - y que el hombre se encogió de hombros y marcó un breve silencio al tiempo que fruncía levemente el entrecejo y sé que miré el suyo pero no lo fruncía - o la forma determinada en que alguien se lleva la mano a una ceja, y te acude al recuerdo un viejo conocido con el que, tal vez los dos algo achispados, cruzaste confianzas un poquito picantes en un café de...de...de...

Y sé que lo vi sin que nadie me dijera nada debatiéndose por recordar un antro cochambroso e infecto lleno de humo y de facinerosos y prostitutas y otras gentes de mal vivir que él posiblemente no había visitado jamás en persona porque su porte no encajaba y mirando con la perplejidad de estar teniend

do la mente en blanco aunque fuera nada más por un momento las punteras de mis zapatos negros de modo que se me antojó desatento moverme.

-Digamos Shanghai - que esto lo decidió con voz atiplada y como la suya lo estaba ya siendo no me sorprendió si bien sí me sobresaltó porque mi mente andaba en las punteras de mis zapatos una señora muy bien puesta que sentada sobre un escabel y con el vuelo de su falda liviana tapándole casi por completo las piernas que permanecían recatadamente juntas sostenía sobre su regazo uno de esos diminutos caniches que de inmediato al oír sus ladridos imperativos y menudos y verlo ahí con su lacito colegí es un Yorkshire Terrier que más que animales de compañía vienen a resultar parecer aderezo inseparable del atuendo de un determinado tipo de damas o al menos su sensación era de siempre esa - siempre he adorad...

Y sin dejarla rematar su frase la voz argentina se transformó en reseca en su boca en boca de un sujeto delgado que me dijo que vestía un traje gris marengo que parecía aun no fijándose con detenimiento heredado si bien en buenísimo uso de un deudo más fornido de tez amarillenta y edad indefinida que alababa la elección con las manos en los bolsillos:

-¡Shanghai, mítica Shanghai? - que esto lo clamaba y elevaba al cielo unas manos que siempre me hicieron evocar La Piedad de Miguel Ángel entre interrogante y admirada una joven de cabello dorado y muy largo que ataviada con vestimenta informal aunque no había que ser un lince para percatarse de que era toda de firma se había puesto de pie y echando la cabeza hacia atrás con ese gesto inherente a las jóvenes de cabello largo y ropa exclusiva que me esforcé en componer dentro de la cabeza mía miraba inquisitiva al sujeto delgado y protestaba ahora - ¡Una ciudad cochambrosa. Permítame!

-Pues yo la adoro.

Que seguía la del caniche y adoraba con embeleso deli

cado mientras que en sus dedos desnudos de ornamento alguno re lucía en el anular derecho exactamente atusando las orejitas del animalito un brillante del tamaño de una bellota que de ha bérmele mencionado hubiera sido posiblemente dátil en su boca porque de entre las palabras elegía siempre la más escogida pero ni reparó, parece, en el brillante y ahora estaba diciendo que la señora había dicho que tal vez por Marlene Dietrich: tal vez por Marlene Dietrich y el expreso y pintándose los labios en el sable que...¿qué pintaba un sable en esa escena si la es taban fusilando? - que había preguntado sin aguardar respuesta para zanzar con un respingo -, bueno, es igual, aquellos espio najes y mi nunca satisfecho espíritu de avent...

Y que aquí tomó la palabra una voz muy joven y en ver dad lo era bastante más que la suya propia, la de ella que se rebulló en su asiento diciéndose "estoy desbarrando, yo sola me estoy montando una película que jamás he visto" pero ya estaban todos en el plató y no era capaz de saber cómo pararlos y decir les "no continuéis, esta producción con su cinemascope y su tec nicolor es pura farsa, me la he inventado yo" que además de pare cerle sumamente cruel supuso que nadie iba a creerla y optó así por permanecer en silencio, perteneciente a un posiblemente - con tó que le contaron - estudiante cuya vestimenta consistía en unos tejanos breados a puñaladas y una camisa de deslumbrante blancura absolutamente impoluta y maravillosamente bien plancha da de la que yo desconfié de inmediato porque me dije "no sé pero a mí me parece que ya no se ven camisas así por el mundo, ni aun en el de tu cabeza tan disparatada, amén de que para que se aprecie el buen planchado tendría que estar siendo de seda y no sé yo si tú eso lo habrás pensado" diciendo:

-Pues a mí que me dejen de aventuras y denme Europa, ique donde esté París!

Y si bien pensé ah París no conozco París no me pude parar en evocar su Notre Dame y su Louvre y su Sena porque de

un lado tironeaban de mí sus advertencias de "pero ten presente que de lo que te estoy relatando no he sido testigo presencial y por lo tanto lo narrado llegó ya a mis oídos portando una carga emocional previa, ¿comprendes?, mediatizada por las propias sensaciones de quien me lo narraba y por las imágenes ya elaboradas antes que en el mío en el cerebro suyo" y por otro las presencias irrefrenablemente vivas que seguían a lo suyo y a su ritmo e ignorándome y no me quedó más remedio que aun a mi pesar posponer mi viaje diciéndome "también yo iré algún día; en cuanto tenga tiempo" con la lengua fuera y perdiendo el resuello porque no me diera esquinazo, entre otros muchos, una señora de edad mediana y las uñas muy largas que ahora estaba diciendo:

-¡Pero qué me dices, joven! - y si no me apresuré a decir "nada, nada" fue porque ya digo que un instante antes había sido consciente de que yo allí no estaba y además se me vino a la memoria que ya no soy joven...aunque no menos que ella, la de las uñas largas, que con muchas sortijas pero ninguna de la categoría de la de la bellota y tras una pausa dubitativa aunque poco porque no parecía mujer de esas que se achantan por casi nada añadió -: porque no te molestará que te tutee, ¿verdad?, que podría ser tu madre. Yo pensaba que lo que gusta a los jóvenes es ir cuanto más lejos mejor - y jugueteaba con un collar de perlas de una sola vuelta pero sí larguísimo - aunque sea en un vagón de ganado...

Y yo que estaba recuperando el aliento recién llegada de París desmadejadita y con los pies echados a perder - mira qué ampollas - me vi subida sin poderlo evitar en un tren repleto de balidos y de garrapatas y de pulgas rumbo al saloon de un pueblo sin ley en el Oeste con su sheriff y sus pistoleros y sus cowboys y la señora de las uñas y los labios cantando con un vestido de seda roja muy ceñido que en este momento y para decir la verdad no estaba llevando discreta como la encontré allí sentada tan modosa si bien de vez en cuando se paraba, pero sólo



si los muchachos armaban demasiada bronca, y con los brazos en jarras bramaba ya está bien Joe me vas a destrozar el local y tú las manos quietas a un chisgarabís poquita cosa que en el revuelo de los puñetazos le intentó pellizcar el trasero.

-Pues no se lo crea - pero yo ya me lo había creído, aunque debo confesar que poco, y la señora del collar largo na da por lo visto porque estaba allí tan sosegada. Y ésta era la de la ropa de firma, diciendo -: que eso sería hace treinta años, cuando usted tuviera mi edad, que tengo oído que daba cachet dar la vuelta al mundo hecho un guarreras. Hoy lo da ser algo más exigente y mostrar un mínimo de buenas maneras...y detestar toda agresión al buen gusto.

Y esto último lo dijo, o a mí me lo pareció, en un no sé que tonillo caústico como dándole a entender "hay que ser vulgar para llevar ese traje tan ceñido estando tan jamona", pero recapacité en seguida que yo del traje no había dicho a nadie ni palabra.

-¡Oh, querida niña!, ¿qué dice?, ¿de qué demonios está ha blando?- y que le parecía sumamente desconcertante que le estu viera hablando a ella porque ni era niña ni estaban en el mismo sitio y yo tuve que recordarle "la niña te interrumpió con: ma má te saltaste lo que dijo el sujeto delgado del traje del deu do" y ella que "¿qué deudo?", contestó; y "sí, mamá, justo antes de ¡Shanghai, mítica Shanghai? de la señorita, ¿no te acuerdas?" y ella que ah y que sí pero que esa niña latosa se lo ha hecho ya contar unas cincuenta veces, que empieza a estar harta y que era una señora con periódico a la joven que -: buen gusto y bue nas maneras, iya todo el mundo ha...Shanghai, sí, una ciudad del todo mítica...que hay que ver si no eres machacona...perdido uno y otras!

Que la que de este modo se dolía, contristada, era una señora cuya expresividad se condensaba en admiraciones y signos de interrogación que por lo demás permanecía del todo

inmóvil y muy repanchingada en un sillón de orejas y "y todo lo que no estaba quieto en su persona corpulenta y sobriamente al  
jada - dice - era su índice pasando displicente con la punta de su uña sin pintar y muy corta por sobre los renglones de un di  
rio y pensé que iba por la chica" y por el poco tacto de haber llamado cincuentona a la cantante, hablando en román paladí o algo que suena igual. Y remató -: Quien los posee es una rara avis.

Y que si ya estaba a su gusto y, la niña, con un sus  
piro, que ahora sí. Y ella "que la muy impertinente no me deja pasar ni una. ¡Vamos, vete a jugar!, que todo el día pegada a mis faldas, oye".

-Eso quiere decir bicho raro, ¿verdá? - un buen hombre que se había despojado de la corbata, porque también a mí me ha  
bía desbordado el tema y ahora el personal espontáneo entraba y salía de mi cabeza como Pedro por su casa, y la guardaba, muy bien enrollada, hay que decirlo, con sus manos regordetas de car  
nicero...que si te fijabas mejor decidías labrador, porque esta  
ban perdidas de callos, en el bolsillo de su americana un tanto arrugada.

-Sí, pero en latín - explicó muy rápida la que podría ser madre del de los tejanos rotos que, ahora, de codos sobre la mesa y en postura idéntica a la de la bebedora de ajeno de Pi  
casso...que por supuesto yo no he visto nunca pero sé que está en el Ermitage y algún día iré...ya sin collar de perlas ni ves  
tido ajustado, miraba los destrozos ocasionados por mis chicos pandilla de patanes. Que a saber si la pobre mujer no era alcohó  
lica porque la tenían medio desquiciada. Aunque a mí seguía y aun a pesar de los atenuantes sin gustarme del todo, que me hacía yo para él otra madre bastante más sensata.

-En realidad son locucines diferentes - la puntualiza  
ción venía de la señora del periódico, que hablaba entornando los ojos y sin apartar la mirada del papel y que fue ahora cuando

se percató de que lo que antes le pareciera estar repantigada era, fijándose mejor, sólo una forma de contemporizar con una presbicia que no había sabido en un principio apreciar porque, dijo, el mundo perceptible a través de los sentidos desfila tan deprisa que rara vez brinda la ocasión de que le dediquemos una segunda mirada más serena y "yo tuve suerte ahí", dijo, y yo me dije "pues yo no, tú no estás dándome un respiro para que pueda yo pararme en la segunda" pero no lo había ni terminado de pensar cuando ya su voz era otra vez la que decía -: No es que sea una traducción ad pedem literae.

"Además, ¿qué otro mundo perceptible se puede concebir que el perceptible a través de los sentidos?" me hubiera gustado preguntar si me hubiese hecho un huequecito un individuo con chaleco y reloj de cadena sentado en un amplio diván de cuyo asiento se servía para extender un solitario no levantando la mano en que sostenía un naípe y diciendo:

-Pero para entendernos...- y al hablar ejecutó un círculo muy abierto aunque un tanto vago como queriendo decir "puede valer" y, si bien yo respondí un poco fuera de mí "no, no puede valer para entendernos", me ignoró y -...puede valer - dijo, con una falta de consideración hacia mi persona que me pareció de todo punto exasperante y depositando el naípe en el montón de los que no le hacían juego para añadir acto seguido -: que tampoco es que haga falta ser filántropo.

-Oh, pedazo de mastuerzo - rezongué.

-Fi-ló-lo-go - que esto lo silabeó el vejete orondo de la calva rosada al que ella hubo de digerir sin ojos ni boca ni nariz porque nunca había visto una zarzuela, pero yo sí, de niña en La Latina una vez que vinieron unos parientes del pueblo y allí estaba, tan fresquito don Hilarión en mi cabeza y me sentí, a qué negarlo, una pizca orgullosa de mi muda venganza.

-¡Filatélico! - muy alborozado un señor menudito y muy anciano de abundante cabello extraordinariamente blanco que, procedente de la sala capitular (fastídiate, me regodeé, esto no te

lo esperabas y no pienso contártelo) y cubierto con sobretodo albo, irrumpía esgrimiendo un cuadernito en una mano y un lápiz en la otra.

-Pero, ¿qué dices, papá? - y éste "para mi sorpresa", dice, es quien refiriera historias atrevidas en Shanghai que yo me pregunté "¿sorpresa, por qué?. Este señor es el padre y, la madre, una encantadora señora con puntillas que en alguna parte tiene que estar y ya saldrá" - ¡cómo va a ser filat...

-Pues porque me falta una letra - y que sumido ahora en cavilaciones y contándose los dedos el anciano era el vivo retrato, decía, del El Pensador de Rodin acodado sobre una cómoda Luis XV sobre la que vino a meditar pero yo (decía ella) jamás he visto esa escultura ni tengo una idea muy clara del estilo Luis XV por lo que hube de contentarme con, allí meditando y dándose, como quien discurre, pequeños golpecitos con la punta de la nariz sobre el nudillo de su dedo índice de la mano derecha en que sostenía el lapiz, evocar la imagen de mi compañera de pupitre en el colegio que, como en un flas, me acudió a la memoria tratando de despejar con una tiza en la suya una incógnita X que desde el encerado aguardaba, sin piedad ni prisa, bajo la mirada severa de una profesora más adusta que las palabras esquivas que se hurtaban, la tarde anterior, a los afanes angustiados de mi madre allí en su gabinete devanándose los sesos por encontrar las más idóneas redactando una carta de muy sentido pésame que tras muchas rectificaciones nunca terminaba de parecerle adecuada. Y el anciano caballero recitaba despacio -: coleccionista de sellos, once letras.

-¡Ah, bueno! - suspiró el hijo.

-¡Oh, cielos - me dije yo -; mi madre nunca tuvo gabinete y las cartas, las de pésame y todas las demás, las escribía siempre mi padre. Ese recuerdo te lo acabas de inventar por pincharme!.

Pero la miré de reojo y su gesto era más bien tirando a absorto, esa mirada desasida y a lo lejos de quienes tienen ya

una muy larga experiencia de volante.

-Eso ya es otra cosa - concedió don Hilarión. Dijo.

Dijo y redujo a tercera, porque venía una curva, y yo que estaba diciéndome "me tengo que sacar el carnet de conducir, que por qué no" me volví con un respingo y pregunté "¿don Hilarión?", y ella dijo "claro, el personaje de una muy conocida zarzuela", y yo rebatí "pero tú no la habías visto", y ella respondió riéndose "huy, chata, te has perdido hace por lo menos media hora".

-Oh.

-Pruebe con filatelista.

Esta era la joven que, con mucho cachet y buenísimas maneras, había dicho a la ignorante de haber estado siendo aunque nada más por un instante copia viviente de una de las obras de arte nacida de los pinceles de uno de los más grandes pintores que en el mundo han sido "hace treinta años, cuando usted tuviera mi edad", pero la de las uñas largas ni las había sacado ni se había mostrado ni pizca de ofendida, tal vez porque puesta a prohiar al de los pantalones rotos por qué no también a esta joven tan atractiva y así tenía ya la parejita - me dije - y "yo también soy muy aficionada a los crucigramas", estaba ahora diciendo sin querer mirar cómo su madre se echaba otra copa de... ¿de qué era?...

-De ajenjo.

-Eso. Otra copa de ajenjo al colete.

Y al hacer la joven un movimiento de su mano en el aire, señalando para sí como si pudiera estar cabiendo la más ínfima duda de que su yo pudiese estar perteneciendo a otro, y con la libre llamar la atención del pensativo me di cuenta, sorprendida, de que la exquisited que por todo lo demás su persona mostraba se veía un tanto menoscabada por unas uñas quebradas y unos dedos que eran un desastre, enrojecidos y con la piel agrietada, y exclamé para mis adentros:

-¡Por piedad!

-¡Muy bien dicho! - y se puso más contento que unas pascuas el viejito y que ella, cuenta él ahora muy repanchingado fumándose su puro, se llevó un buen susto porque, si bien estaba segura de haberlo nada más pensado, empezaba ya a dudar de sus propias certezas -, ¡filatelista era exactamente lo que estaba necesitando! - y que incluso pegó un par de saltitos, casi como un chaval - ¡es usted un sol! - que añadió y que a ella se le había cruzado, se lo había contado a él, una nubecilla aunque pequeña de desencanto o decepción porque "me hubiese parecido más poético es usted un angel, ¿no crees tú?" pero que - lista además de preciosa, pero...- que ahora se lamentaba el viejito - ¿qué piropos podría dedicar a joven tan encantadora un viejo como yo - y que recapacitó con una risita gutural hacia adentro y ahogada -: Seguro que está más que aburrida de que se prodiguen elogios a sus cabellos, a su esbelta figura, a sus manos.

-¡Ah, eso sí que no puedo permitirlo! - protesté ceñuda mirando el humo azulado que subía -, que la señorita sería muy linda y todo lo que quieras, pero sus manos tú mismo me has dicho que te las sabías y de muy buena tinta. No quieras confundirme.

-¡Pero el caballero no se había percatado todavía!- protestó con toda la cachaza típica de los que fuman puros -: ¿O es que no podemos ir paso por paso?

-Vale, vale -. Dije.

-Vale, vale - dijo el hijo -, papá, por favor...

Porque ella había alzado las manos con las palmas hacia afuera y los dedos muy separados, aunque a ella no le había parecido - dijo, "a mí no me pareció que fuese para ponerse así" - que la cosa diera para mostrarse tan ofendida, cuando estaba saltando a la vista que nada más podía estar siendo un cumplido sin absolutamente nada de doble intención equívoca.

Que hubo entonces un instante de confusión porque el caballero de Shanghai, que de alguna manera tendré que llamarle -

aun suponiendo que no haya estado allí jamás - y que había pasado al relato como quien leía (cuando nadie lo vio con un libro abierto entre las manos, pero datos contrastados han dado fe a lo largo de los siglos de que La Historia se ha escrito siempre así) intervino algo azorado a raíz de que la joven dijera "¡ah, eso sí que no puedo permitirlo!" con:

-¡Papá, por favor! - y que con una cierta consternación dio unos pasos hasta el ventanal que flanqueaba uno de los laterales del ábside y desde allí, mirando a lo lejos por el hueco de un cristal que faltaba en forma de uno de esos triángulos por los que mira el ojo de Dios para juzgar a los vivos y a los muertos, reprendió a su progenitor -: no es propio en un señor de tu edad que...

-¿He dicho algo impropio? - preguntó el anciano mirando a la joven con las manos en alto; y se le veía asombrado sujetándose la nariz con la punta del índice.

-No está bien que un caballero de edad lisonjee a una señorita -. Reiteró el hijo con seriedad.

-Pero él no me ha molestado. Por Dios...no, ¿cómo ha podido interpretar? - y abrió mucho los ojos de pestañas sorprendentemente largas.

-Pues ha dicho usted no poder permitir...- éste era el que colgase los cuchillos de cortar chuletas y con la corbata muy bien enrollada en el bolsillo se marchara a plantar coles.

-¡Ah! - la beldad de miembros longuilíneos rió y volviendo a echar la cabeza hacia atrás sacudió su cabellera en ese gesto intrínseco que yo sí, y sin tener que hacer esfuerzo de imaginación alguno, he desde pequeña entendido inherente a la clase social de las niñas de mi clase, y de las otras clases, que cada mañana eran conducidas hasta el colegio y en cochazos fantásticos por mecánicos que, muy respetuosos, les abrían la puerta con una mano para que bajasen mientras en la otra sostenían una gorra de plato -. Eso ha debido de ser un malentendido; algo

similar...aunque no pretendo que ella estuviese haciendo alusión a algo negativo o ingrato, claro que no...a lo que la señora - y dedicó una mirada de simpatía a la señora que dentro del orden de intervención ocupaba, a criterio mío, que qué otro puedo se guir a menos que consienta en dejar volar mi imaginación permi tiéndola remontarse a un antes del que regresaría portando quién sabe qué retazos imposibles de un pasado que nunca existió, pu diera, pero estoy divagando, y no quiero...decía, la señora que ocupaba el primer lugar y que no había vuelto a despegar los la bios -, a lo que la señora hacía mención con secuencias de pala- bras cotidianas cuyo encadenamiento en sí es válido fuera de dis- paridades contextuales cuando la realidad no puede estar siendo más distinta.

Y yo quise decir "no fue eso lo que dijo", pero ¿a quién decírselo? y, ella, la joven, se puso en pie y caminó has ta el padre del aventurero que no leyera nada mirando a través del ojo de Dios, que no sé si no lo estaré contando fatal - el señor que iba delante de mí recitó la tabla del ocho y una señora un rato antes había contado que de soltera fue manicura, y a ambos les aplaudieron, no sé por qué me complico yo tanto -, y se paró frente a él y le mostró sus manos y dijo...porque se gún iba caminado había dicho "¿a quién podría molestar una cor tesía?", yo nada más me estaba refiriendo a mis manos"... y cuan do estuvo delante de él es cuando se las mostró y dijo:

-Vea; son feísimas.

Y todo esto no estaría teniendo la menor importancia, se podría decir que es un detalle meramente accesorio y por com plete carente de contenido, o interés, o no sé cómo llamarlo si no hubiera sido por lo que pasó inmediatamente después, después de que manteniéndolas por un momento extendidas dedicara una mi rada circular a los presentes, como buscando algo en cada par de ojos y que, y esto es lo sorprendente, pareció encontrar en los míos porque vino, llegó hasta mí, y colocándolas a un palmo de mi nariz repitió "fíjese qué manos tan feas".



-¿Entiendes?, me preguntó - dice él, mirando cómo se desvanece la columna azulada de humo - yo las estaba viendo, di jo, viendo unas manos que...

Pero el final de su frase yo ya no lo oí porque de sus muñecas me llegó el eco remoto de un perfume que yo misma había usado muchos años atrás y quise tal vez recordar algo y ella me miraba, aguardando, y hube de desistir de recordar y dije, si bien en tono un poco ausente:

-Apenas se nota.

-¡Oh, no es para tanto!, repliqué sabiéndome muy hipó crita - contestó, está diciendo él y yo tratando de hacer memoria y sin lograrlo - y percatándome, en un instante de lucidez, de que en verdad no podía estar dirigiéndose a mí porque no pertenecemos ni al mismo momento ni al mismo lugar ni al mismo entorno ni al mismo pensamiento porque vete tú a saber quién la pensara a ella ni quién me pensara a mí, aparté el problema de mi vista agarrándoselas con las manos mías y...

-Yo. Yo te pensé - que contestó una voz callada, allí, en algún rincón del interior de su cabeza.

Pero que no llegó a decirlo. Y yo agarré sus manos con las manos mías y ella recordó allure pero yo no podía, que no he utilizado jamás ese perfume, para mostrárselas, de segunda mano, al anciano, que se había acercado y las miraba escrutador por encima de mi hombro - que noté su respiración en la oreja - y "y aún para mayor agravio a mi menoscabada dignidad - estaba diciendo ella - osé perseverar si usted no lo dice seguro que nadie se da cuenta - tan pronto se percató de que a quien habla ba era en realidad a él, que, en la momentánea ofuscación que le ocasionara la regañina del hijo se había quedado algo traspuesto pero ahora ya se rehacía. Y creo que algo colorada sí que me pu se de saberme tan cínica.

-Sí que se nota - protestó el anciano caballero con mucha viveza -. Criatura, cuídeselas un poquito, aunque sea.

-Es que no me importan. Sé que puede costar trabajo

creerlo - y por mucho que cueste poder confiar en mí doy mi palabra de que era la primera vez en toda mi vida que yo mentía, y su voz sugería un remoto rescoldo de tristeza, un fondo apagado de cenizas ya frías - pero me gusta poder exhibir algo no bonito algo por lo que así, nada más mirarme, pueda sentirse rechazo... como los interiores son mucho más inaccesibles!...¿verdad?... - y ella misma se las miró, con una cierta vanidad, apretando los labios y como sonriendo, hacia adentro. Luego pestañeó y -: Incluso no puedo evitar el presumir un poquito de ellas...¿no es un contrasentido?...pero es como si el saberme marcada por una imperfección tan evidente me hiciera sentir libre.

Y me miró y me sentí inculpada porque, aunque su mirada fue fugaz, tuve tiempo más que sobrado para leer en ella porque sí se nota, a ver si te has creído que soy tonta. y tú eres una necia que con tal de resultar amable y educada y quedar bien eres capaz de decir bobadas inadmisibles, salta a la vista. No me gustas y yo quise responder, y defenderme y argumentar pero no tuve tiempo porque la del caniche se metió de por medio y:

-Pues hijta - la del caniche, que había permanecido largo rato en silencio y regresaba ahora, volvía de su abstracción y posaba sus pies en tierra firme con la misma indolencia con que su admirada Marlene descendía de aquellos magníficos cochazos que sólo se ven en el cine americano - manía de fumar puros, pareces un gángster de Chicago - en los que se desplazaba conducida por un chofer muy serio y con gorra de plato a espiar a sus amantes simulando estar acudiendo a citas muy tempestuosas y tirando por tierra mis proyectos de poder identificarla -no al pie de la letra, claro está, dije, y él tan campante con su puro lo mismo que quien oye llover, pero sí para mi gobierno y yo entenderme - a la de los labios rojos como la exclusiva madre adoptiva espontánea de los jóvenes, que no eran hermanos, ya lo dije, por culpa del intempestivo hijita de ésta del caniche que ahora venía arrogándose una maternidad de la que no quiso saber nada, allá en su juventud licenciosa, y metía baza alargando el

pescuezo sin disimulo y haciendo caso omiso de que la joven me hablaba a mí, que decía, y en un tono que era a ojos vistas enteramente confidencial -: eso es incomprensible e imperdonable. Yo a su edad hubiera estado encantada de no tener ni un solo defecto, que ¿cuándo si no?

-Bueno...y de nuevo irrumpía de entre las bambalinas polvorientas el cómico pícaro apostillando con sonrisita blanducha y meliflua - seguro que muchos tampoco tenía, a la vista de lo muy atractiva que todavía es hoy.

-No. He de reconocer que muchos defectos no - ahora hacía remilgos levemente ruborizada y yo me quedaba bizca de que pareciera hacerle tilín este mequetrefe cuando me la hacía en mayor armonía con el hijo del de los crucigramas (estaría yo tonta cuando acepté casarme con él, que había dicho una tarde de confidencias a una amiga, una de esas tardes lluviosas en que la nostalgia parece empujar a confidencias que quién sabe si cuando es campe no se lamentarán, un hombre tan bruto, tan poco sensible, con las buenísimas proposiciones que yo tuve. ¡Piénsalo bien antes de dar el paso. Hazme caso!. Pero que que antes, entonces, era tan guapo con su pelo ondulado!; mirando con una cierta inquina un retrato en el que sí, un señor guapo está sosteniendo un puro, pero yo sé bien que no es el mismo) un señor y de las altas finanzas, un señor y en toda la extensión de la palabra que, muy enamorado de su adorable esposa, no quiso truncar su carrera de estrella de la pantalla grande y la esperaba, muy encorbatado y oliendo a armani, en el despacho de su holding ubicado en el piso alto de un suntuoso edificio de columnas jónicas donde mandó construir la impresionante mansión ante cuya puerta principal la veía ahora desde el ventanal recién apeada ella del Cadillac (y mira que mi madre me lo dijo, pero no hubo forma de que me apease yo del burro, evoca) y cuando ya ha subido las escaleras alfombradas tira los visones con desgana (¿por qué tienes que tirar de esa forma la zamarra?, parece un borrego a medio desollar

protestaba los domingos cuando volvía de caza) y muy lánguida necesito beber algo a su regreso de los rodajes extenuantes y decía estoy agotada dejándose caer en un sillón de cuero envejecido, pero nuevo, y cruzaba sus bien torneadas piernas que yo no le veía allí como estaba en el escabel y medio acucillada que parecía una gallina peinando con las puntas de sus dedos pálidos y largos el pelo del Terrier que de vez en cuando sacaba una lengua pequeñita y rosada y emitía unos ladridos crispados - y que algún corazón ya rompí, ya, pero seguro que ni punto de comparación... ¡con ese aire de figurín que la señorita tiene!

-Pero, mire qué bien que no lo soy - y dio una palmada en el aire como queriendo cerrar el capítulo de ser el centro de la atención general -, que me dedico modestamente a restaurar antigüedades.

-No se minusvalore - un clérigo con birreta morada y sotana hizo su aparición desde detrás del coro trayendo en sus manos sarmentosas una redoma muy limpia y sin nada en su interior - ¿Por qué ha de estimar su labor con poquedad? - ahora parecía desconcertado y no hallaba lugar donde depositar la vasija -. Eeee...es, muy por el contrario, una ocupación que requier... ¿quiere, por favor?, tenga la bondad - y alargaba el objeto de cristal al joven de París (que con el mismo criterio que de alguna parte tuvo alguien que sacar antes que yo he adjudicado a este joven como signo de identificación el joven de París aun suponiendo que tal vez no y qué tal y que cual), que, paradójicamente, era el que más lejos le quedaba de entre todos los presentes - requiere minuciosísima destreza y muy atento...cuidado - explicó al tiempo que le traspasaba el recipiente - amén de amplios conocimientos... ¡que no sabía qué hacer con ella. Caray!

Y en su sonrisa arrugada y sus ojillos bondadosos pudo leerse: "Gracias".

-Lo que quiere decir es que, el suyo, es un trabajo en el que...bueno...que toda la gracia, por llamarlo de alguna mane

ra, reside en que su intervención no se note, en que de su es fuerzo y dedicación no queden huellas...

El que se acababa de erigir en intérprete era un ente siniestro y extraño de aspecto patibulario que, con una navaja, esculpía algo aún no definido en una pastilla de jabón.

-Unos guantes - solucionó desde su sillón la que hojea ba el periódico sin las gafas que estaban sus ojos pidiendo a gritos y que gustaba adornarse con latines -, yo los utilizo para todo.

-Pero no sé yo manejarlos con ellos. Es exactamente lo que quería decir.

-Siendo así...- admitió el clérigo.

-Gato con guantes no caza - sentenció el carnicero des corbatado, rascándose el pecho de lobo de mar que su camisa desa brochada dejaba ahora medio al descubierto. Y giró su cabeza ha cia la dama de edad para inquirir - ¿Qué. También usted arregla cosas viejas?

-¡Cosas viejas!

El comentario sarcástico, acompañado de una mueca des pectiva, procedía del caballero delgado y con tez amarillenta que vestía el traje gris marengo que no parecía suyo.

-No - que replicó la interpelada al tiempo que depositaba con una mano el diario sobre un brazo del sillón y, con la otra, se apoyaba en el contrario para ponerse en pie con tan gran dificultad y tanto crujir de articulaciones que "mi cronista te mió que se desmontase lo mismo que un mecano", comentó quien me hablaba -. Yo me conformo con destrozar mi propia vajilla, requiescat in pace, que raro es el día que no rompo un plato o dos. ¡Volaverunt!

-¡No me diga que también usted los estrella!

-No me digas que tampoco tú estabas allí, con todos ellos.

-La que ahora por primera vez había abierto la boca, de

labios muy finos, y que hasta el momento no había desplegado actividad más entusiasta que recorrer con su índice los lunares de su falda, como si los contara, permaneciendo sentada y con las piernas cruzadas y muy tiesa en una silla de respaldo recto y muy alto era un ser casi transparente, de piel nacarada, ojos de gran tamaño que hubieran podido resultar maravillosos de no ser tan asombrosamente inexpresivos y desvaídos bucles cenicientos que, descendiendo por su cuello larguirucho, se posaban en hombros angulosos, descarnados e inhóspitos.

-¡Protesto! - se dejó oír la voz clara y bien timbrada de un hombre joven que, desde el otro lado de la puerta de roble cerrada y protegida por ujieres con lanzas y cascos adornados con vistosos penachos, protestaba, en efecto, argumentando -: no es tá permitido, y rectifíqueme si me equivoco, el incluir apreciaciones subjetivas en las alusiones a los mencionados. La normativa lo pone.

-Eso es verdad - corroboró un coro desacompañado de voces.

-Está bien - ésta era la voz cascada y cansina de un caballero que, por mucho que la normativa lo prohibiera, me permití suponer aquejado de úlcera de estómago y provisto de una opaca mirada taciturna -, que se supriman la casi transparencia, la piel nacarada, los ojos de gran tamaño...¿ojos de gran tamaño es subjetivo?...

-¡Por supuesto! - el joven - porque vamos a ver como cuánto de grandes son unos ojos grandes...

-Perfecto - el de la úlcera, musitando, y me lo imaginaba con un bolígrafo rojo tachando -: hubieran podido resultar maravillosos se suprime, asombrosamente inexpresivos se suprime, desvaídos se supr...¿desvaídos iba con ojos o con bucles?...

-¿Qué más dará? - pensó en alto alguien de este lado de la puerta - si también van a suprimirlo.

-No - que contestó la señora -. Ellos me rehuyen - y

que presa de un no sabía qué dolor punzante en su zona lumbar, donde apoyaba su mano izquierda, se encaminó hasta el pequeño ventanuco enrejado desde el que, contemplando el vuelo de un toro, explicó - vuelan de mis manos. Ya dije - en tanto ésta otra, una gordita y de aspecto inquieto que demandara "no me digas que tampoco tú estabas allí, con todos ellos" se rebullía en su asiento sin dejar de rezongar:

-Tú misma has dicho que no estabas.

-No ha dicho eso -. Rebatió con viveza una niña morena

-Yo sí la había entendido. Que fui monaguillo - explicó el del vello en el tórax -, y algo se pega.

-No seas metomentodo y repasa tu lista - amonestó la que parecía madre de la niña.

-¡Tate! ¡Colega del mosén, entonces!

-Pero es que no lo ha dicho. Y no voy a recitar la lista.

-La chanza había salido de la boca carnosa de un adolescente que no estaría alcanzando los quince años...y como su perpuesta desde su otro ahora y su otro donde se oía por lo bajo la voz de la mamá "¿cómo que no piensas recitar la lista?" un poquito alarmada...regordete, y que lucía en la mirada clara (suprímase) de sus ojos oscuros (suprímase) una viveza (suprímase) que mantenía acoquinada y a raya a la compunción..."la lista de los verbos es una sosería", mohína, la niña...que parecía exigir su severo (suprímase) atuendo de riguroso (suprímase) luto...

Y, como hablando sola, murmuró rascándose abstraída junto a la comisura de la boca:

-¡Menos mal que en el último momento decidí comparecer en persona!

-Sí - un señor con jersey de pico se alegraba también - mi hermano que ya está jubilado me dijo si quieres voy por tí y yo les cuento...y tentado estuve de aceptar, miren, pero dije no y...

-¡El sino! - una mujer gruesa con pañuelo a la cabeza.

Y, desviando la mirada del adolescente del que no hubiera quedado ni la sombra de no haber sido por la obstinación de una tía materna - mujer bondadosa aunque en extremo ruda que se hiciera cargo de él al fallecer los padres siendo aún una criatura, que el chico lo contó y está en las actas - que aquella mañana le puso el desayuno en la mesa, le planchó el traje bueno de para las ocasiones y le dijo "de eso nada, eso de que el chico del del taller de reparación de calzado de a la vuelta te represente a mí no me deja tranquila. Vas tú en persona y ni una palabra más" - posó unos ojos que Dios me libre de decir ni pío de color ni tamaño, aunque a mí me gustaron...si es que se me permite, en madre e hija y sugirió:

-Déjela. Puede que se le haya ocurrido una idea mejor.

-¿Qué idea mejor que la lista de los verbos irregulares en inglés, sabiéndosela como se la sabe de corrido?

-Pues no es entonces mi caso.

-Y que, al oír esta segunda vez a la de la falda de lunares, se reafirmó en la impresión que ya le causara unos momentos antes: que no tenía voz de rubia flaca, desteñida y languida sino la que se atribuiría a una morena con mucho temperamento.

-¡Pero eso sucede tantísimas veces! Fisonomías que en nada se corresponden con el carácter.

-¿O es que no te la sabes? - la mamá.

-¡Mucha palabrería innecesaria! - un señor con poquísimos pelo muy bien peinado con agua.

-Y agregó que ella los hacía añicos voluntariamente...

Y sus palabras sonaron paralelas al sí pero de la niña y al tercer ¡no estabas! de la gordita inquieta y a las del presidiario que, con un salto ágil, felino casi, se había puesto de pie y declaraba "ya me lo había parecido a mí" al tiempo que cruzaba la estancia a grandes zancadas y, poniendo con resolución en su mano libre al de la redoma la pastilla de jabón y el arma



blanca, solicitaba en tono de súplica:

-Déjamela un poco, anda - y que le echó mano con ese ademán un poco brusco de los niños -, que me hace a mí así como que gracia este chisme que me trae...y aquí gritó "cuidado, se va a romper" la primera señora, la que tan poco hablaba, y él replicó "que no, tía, que no soy ningún zarpas"...a la cabeza el cuento de...

-¡No irás a salirme, después de tres veranos ya en Inglaterra con pero ninguno! ¿verdad?. Te la tienes que saber de cabo a rabo.

-¿Nos va a salir con que fue la suya una de esas infancias en que se escucharon cuentos de hadas al amor de la lumbre?

Hablaba en tono autoritario, altanero, una señora guapa que no había antes dirigido la palabra a nadie pero sí, con muecas contenidas y entre dientes, amonestaciones a un niño ya crecido al que no cesaba de reconvenir ni permitía moverse de la silla en la que permanecía con la cabeza baja, los pies colgando y cara de sentirse muy desgraciado.

-¡Pido que se suprima de qué tenía cara de sentirse el niño! - el joven de la voz bien timbrada.

-Se suprimirá - el de la úlcera y la voz cascada -, pero no fuera de turno.

-Tiene razón - el coro desacompañado de las voces de dentro -; no puede suprimirse algo que todavía no ha sido registrado.

-Lo admito - el joven, acatando con cortesía forzada y regresando a ocupar su asiento tras su mesa cubierta de papeles y muchos documentos timbrados. Mas no bien había iniciado el gesto de posar las posaderas en la silla se enderezó airado y, centrándose el nudo de la corbata -: ¡Protesto!

-¿Y ahora qué pasa? - el de la úlcera, con los ojos en blanco.

-Alguien de los de ahí fuera me ha pensado, lo he nota

do señor, es más, se ha permitido formarse la opinión de que mi cortesía está siendo forzada.

-Te tengo dicho - al niño, la señora guapa - que no me gusta nada ese vicio que tienes de imaginar a las personas al otro lado de las puertas, ¡que mira lo que has hecho! - y le propina un nuevo si bien leve cachete en el cogote mirando a la puerta a su vez, con inquina - ¡con la prisa que tengo, que te aseguro que no vuelvo a traerte!

-Ni falta que va a hacer - un señor moreno de cabello engominado que lucía, en el bolsillo superior de su americana, un pañuelo a juego con la corbata de colores muy vivos y cuya inesperada intervención era prueba fehaciente de que, pese a lo que hubiera podido parecer hasta el momento, mudo no era...tan silencioso había permanecido desde que llegara -. Recuerde que es una sola convocatoria por alma.

Pero el de las malas trazas no se tomó la molestia de dar respuesta alguna a la guapa, y la niña mira para otro lado poniendo los ojos en blanco con hastío, y el niño juega resignado con sus propias manos entrecruzando unos dedos con otros y "...los estampo por propia voluntad - logró rematar la rubia - contra el suelo, cuando me pongo muy nerviosa y me gustaría matar a alguien pero me tengo que aguantar", sin mirar a nadie. Y la gordita inquieta clamando "¡esto es un lío!" y el señor del poco pelo peinado con agua "una cantidad ingente de palabrería enteramente innecesaria" poniéndose en pie y mirando a todo el mundo con rencor.

-Y, regresando de un largo suspiro, explicó que es que el romperlos la dejaba muy, muy relajada...y, a ustedes dos, ¿puede saberse qué les pasa?

-A mí, que ésta es una manera por completo estúpida de perder nuestro tiempo.

Contestó el señor peinado.

-A mí, que encuentro que todo esto es una farsa.

-Sí, tengo entendido que es una terapia magnífica para aliviar el estrés - el engominado, que una vez salvada la barrera de su silencio parecía animado a intervenir.

-Pero un remedio costoso - consideró el hijo del de la bata blanca que rellenaba crucigramas; y con una seriedad total colocó una montonera de fichas en el nueve negro de la ruleta francesa, a la que se acercara con intención tan sólo de curiosear pero de ello hacía ya una eternidad.

-Bueno - estimó la que hubiese podido ser morena y enérgica si algún desaprensivo o inconsciente no hubiera puesto en práctica su malhadada idea de hacerla llegar hasta la concurrencia investida de unos bucles que, después de todo, estaban condenados a no figurar en las actas -, eso nada más en el caso de que la vajilla tuviera obligatoriamente que ser de porcelana, lo que encuentro una ostentación innecesaria. En la semana del hogar yo me proveo de platos y fuentes, con pequeños desperfectos y descabalados, desde luego, de loza a bastante buen precio.

-No se si podrá ser lo mismo.

La del Terrier evidenciaba sus dudas y la del saloon, que no quería ser ni una pizca menos de señora, la apoyaba:

-Seguro que no, yo ya puestos a estar metidos en harina exijo calidad. Así pues, que me traigan una sopera de Limoges... por lo menos.

-Dos. Si son pequeñas.

Éste era el carne de presidio que, ahora que me fijaba en sus facciones, reparé en que de innobles no tenían - a decir verdad - nada.

-Pero la del collar, que jugueteaba trazando con las las perlas círculos en el aire como si fueran un lazo de vaquero, no cazó nada y, yo - por no pasarme de cruel - hice un esfuerzo ímprobo para abstenerme de decirle "pues para ser tan fina no era precisamente champán de ese tan famoso de no sé qué viuda lo que te bebías, y sí aguardiente guarrindongo con sifón".

-Pues anda, ¡que no tienen que ser ustedes dos derro  
chonas ni nada!

Quien en tales términos afeaba la conducta de las pre  
suntas pródigas era una mujer de pequeña estatura pero más bien  
sólida, rechoncha, peinada en moño tirante y severo y vestida con  
una sobriedad rígida que desde el primer instante me sugirió la  
idea de señora de compañía...o mejor, de criada, una de esas sir  
vientas de toda la vida que terminan por ser la sombra inseparable  
de su ama...o el ama la de ellas, que se convierten en sus  
pies y sus manos; pero no me decidía a dar el papel de señora de  
la mujer a ninguna de las presentes porque, vamos a ver, ¿a cuál?

Volví a considerar a todas las damas con minuciosidad  
disimulada; como apenas participaba en la conversación - que me  
estaba pareciendo, entre paréntesis, muy aburrida si bien no lle  
gaba yo a resolverme a darle un calificativo tan rotundo como  
aquella que la calificara de farsa apenas un momento antes, por  
cierto, de que los ujieres empenachados franqueasen la entrada  
a la tanda siguiente que era ni más ni menos a la que la muy des  
lenguada pertenecía y de la que, con muy poquita dignidad, trató  
de escabullirse correteando y dando ridículos grititos de "yo no,  
quiero renunciar que he venido engañada" pero el ujier le dijo  
"verá usted, señora, eso no puede ser porque usted al inscribirse  
contrajo la responsabilidad para los de su convocatoria" y la  
mandó para adentro sin contemplaciones y ella nos miraba con ca  
ra de "¡sóplenme, sóplenme por favor, que no se me ocurre nada!"  
y entonces la niña morena le gritó justo ya en el último momento  
"¡diga usted la lista de los verbos irregulares, que yo se la  
regalo, que me la sé enterita!" y la otra contestó que muchísi  
mas gracias con los ojos anegados en lágrimas de gratitud -, en  
la conversación, decía, no participaba, tenía tiempo más que de  
sobra para...

-Anda, mira, a la Dietrich se le ha escapado el York  
shire y ha salido corriendo tras él Oliver Oli ven aquí te digo

oh Oli no seas...- dos señoras en una mesa cercana y "bueno - dice una de pulseras con muchos colgantes - monas las piernas sí que las tenía pero ni punto de comparación" y, la que está con ella, con dos cabezas de visones al hombro enseñando los dientes "pero ella la ilusión de emularla no la perdió nunca, ¿verdad?, que se hizo el mismo corte de pelo y se dejó las cejas así finitas como rabos de lagartija"...

Oh. Par de cotorras...tiempo de sobra para...ah...me han hecho perder el hilo...ya, ya caigo...para suponer posibles combinaciones, que ya lleva la mosquita muerta por lo menos dos y, él, el del holding de columnas jónicas, se acerca como distraído o a otra cosa y le escamotea el dry martini aprovechando que ha entrado la doncella y "puede llevársela, Willa; buenas noches" que sale ahora con la bandeja y, él, por distraerla - seguro que es por distraerla - carraspea y pregunta:

-Bueno, y qué...esto, Joan...digo...¿qué estáis rodando ahora?

Y, ella, que ha descruzado sus maravillosas piernas - aseguradas, se decía, en un millón de dólares...ide los de entonces! - se pone en pie y responde Más allá de la duda y, bostezando: "creo que me voy a dar un baño".

Y ya ha dado unos pasos alejándose pero rectifica y da marcha atrás y oh y que...pero ya tiene otra copa en la mano y él bebes demasiado Vivien "Victoria, es una exageración, ¿no te das cuenta?" y, ella, que sí, que un error y se corrige:

-Un tranvía llamado...- y vacía el vaso de un tirón.

...Deseo (Lubitsch, 1936) - las incomparables piernas del sueño del ángel del retazo de azul de una noche de verano - lo recuerda. Lo recuerdo perfectamente.

"Tengo sueño" (dice) y ahora sí se aleja canturreando una Canción de cuna para un...un baño, sí, eso es, tomará un baño.

Y él que no se puede seguir así, Vivien "Victoria, esta

casa está hecha una cuadra; esta casa no es un hogar porque tú siempre estás...". Y ella con una sonrisa incierta replica que sí, que...(e hipa)...en El jardín de alá (von Stenberg, 1931). Y, lady Hamilton, ¿cuándo aprenderás que las mezclas siempre te sen taron fatal? Fatalidad (mismo director) - Victoria, nunca escar mentarás - (un año después)...Y cuando comienzan los reproches no quiero oír más (no quiere) y me marcho (se marcha) para regre sar donde están todos que para qué habré vuelto si todo cuanto está ocurriendo aquí es tan irrelevante, tan trivial, el señor de poco pelo peinado con mucha agua tenía mucha razón "sólo pala brería", tan sin rumbo como un viaje al fondo del sueño de una noche de verano y humo que ciega los ojos de la justicia ciega sujetando en alto la balanza de vencedores y vencidos.

-¿Derrochonas? - la que hablaba ahora era una señori ta no tan joven como la guapa del pelo largo pero sí bastante más que el resto de las señoras que no había emitido sonido algu no hasta el momento ensimismada como estuvo en escribir postales para lo que se servía, a modo de pupitre, de su rodilla derecha cabalgada sobre la izquierda. Las letras las dibujaba con una vistosísima pluma de pavo real que mojaba en un tintero de cris tal Lalique y, con el pie, calzado con un altísimo tacón de agu ja, describía círculos ora en un sentido ora en el contrario -. Discúlpeme, pero no puedo compartir su opinión - a la del moño, y tomando del suelo un bolso de grandes dimensiones introdujo en él las postales y una pluma estilográfica con la que, mientras estuvo escribiendo con la de ave, jugueteó, la tapó y la desta pó, se dio golpecitos en la nariz, incluso a veces la chupeteó distraída y, ocasionalmente, la utilizó para rascarse con breve dad la cabeza...

-Pero en ningún momento para lo que parece antojarse su utilidad inherente, ¿verdad?

-Así es - asentí -. Recuerdo la circunstancia porque me llamó la atención; muchos ya se habían marchado...bueno, no

marchado pero sí pasado a la otra sala detrás de los ujieres, en la que se comparecía y le firmaban a cada cual su acta...y al quedar el lugar más despejado pude ver a personas...o almas, no sé, en las que antes no había reparado; pero ahora sí, y me llamó la atención, ya digo, y aún permanecí un rato cavilando acerca de qué es lógico y qué no lo es y filosofando filosofando derivé en preguntarme si ciertamente tiene sentido que nos aprovisionemos de tal variedad de adminículos específicos cada cual con su destino individual de uso cuando, a la hora de la verdad, con cualquier cosa nos apañamos para lo que sea.

-Una consideración muy razonable. La felicito.

-Oh, no me felicite, que en realidad en lo que yo estaba pensando mientras contemplaba la pluma...la de pavo real, no vaya a pensarse que me interesó la razonable...era que, tan pronto se me presentara la ocasión, me pertrecharía yo de una igual, o más bonita...si cabe, porque era una pluma de pavo real absolutamente preciosa y si lo estoy declarando es por si he de pasar a mi propia historia como una vanidosa y una persona...bueno, o lo que sea...nada pragmática y otras cuantas cosas. Que lo digo por si debe constar en el acta...

-Que conste.

-Muchas gracias. Y luego ella añadió, cambiando con agilidad su cruzado de piernas y pasando a efectuar ahora las rotaciones con el pie contrario:

-La señora - y sólo dedicó una mirada cómplice a la que no sé si por fin se metió o no en una bañera con sales y burujas, que a la otra ni caso (porque ella decía que sí, que bañera tenían; pero nosotros somos con todo de mejor familia, ¡seguro!...porque, como yo digo, no es más limpio el que más limpia, anda, toma otra pasta, sino el que menos ensucia, que no engorran, ¡lo sabré yo!) aunque eso no sé yo si a ustedes les parece interesante o no - tiene mucha razón, que con los caprichos, los placeres y los lujos hay que valorar ante todo la exquisited, el

toque diferenciador y único y no se debe ¡jamás! bajar la guardia, nunca decaer y conformarse o ceder el paso a criterios practicistas y roñosos...

-A eso exactamente me estaba refiriendo - respondió la señora del Yorkshire, ya sabe, señor, a cual me refiero, y parecía...es decir, a mí me pareció que iba a decir algo más, pero la otra, la del tacón de aguja, hablaba con un punto de pasión, con un fuego que no cesó de brillar en sus pupilas hasta que, poniéndose en pie y dedicando a todos los presentes una mirada circcular, muy lenta, terminó su frase con:

-Pararse a economizar en pleno arrebató pasional es, sencillamente, mezquino.

-Y posó su enorme bolso en el suelo y la del caniche asentía complacida...

-Y en su forma de mirar, aun fugazmente, a la que en tales términos disertó, pudo, aquí la señora, leer...

-Oh, no...bueno, en fin, no es propiamente que yo lo leyer...

-Ah, sí que lo leiste, lo recuerdo a la perfección, me parece estar oyendo nuevamente, de tu propia boca, el "iqué gratificante resulta sentirse tan esencialmente comprendida! Lástima que no podamos ser amigas porque, aunque me simpatizas, tengo que odiarte por poder llevar aún esos tacones tan altos; yo ya no los aguanto" que pronunciaron sus ojos y que fue corroborado mediante un muy lánguido suspiro. No pretendas negarlo.

Pero yo no pretendía en absoluto negar nada, ¿cómo iba a cometer el atrevimiento de negar nada estando como estaba convencida de que toda la credibilidad de...iba a decir "mi ser", si seré bruta...que toda la credibilidad de quienes con su ser creíbles me estaban invistiendo de mi propio "yo soy" estaba residiendo en la fiel repetición de sus palabras?; no, que yo nada más estaba intentando no perder el hilo pero me percaté, con desolación, de que el santo se me había vuelto a marchar al cielo,



fantaseando, disparatando, vagando por...

-No le haga caso, señor, ella tan sólo es la voz de mi conciencia, y la conciencia ya se sabe que - quise protestar pero me encasquillé porque qué sé yo de la conciencia.

...por...¿dónde estaba?...ennnn...¡columnas jónicas!... ¿o tal vez era Marlene Dietrich?. No; Vivien Leigh...o a ver si iba a estar siendo Joan Fontaine...

-Esa seguro que sí que seguro que no. Corta.

-Es verdad; eso era nada más en la pantalla. Yo la ví.

-Gracias. ¿Quién sale?

-Ella desde luego no...ah, yo...pero salías del cine con la idea, ¿verdad?, de que era la Font...

-¡Qué va!

-Sí, ya sé que no. Pero en el inconsciente es la que se identifica con...

Pero yo no estaba ahí. No. Yo me había quedado en otro cine, mirando otra película; ahora, muchos años después una reposición en una de esas salas nuevas y mírala, Willa no han pasado los años por tí estás igual igual...

-¿Willa?

-Sí, pero no, es sólo que...

-¿Quién es Willa? - dice -, lo tengo en la punta de la lengua y me exaspera tanto que. No te puedes figurar cuantísimo me desquicia los nervios que se me venga a la cabeza un nombre o una cara y no saber de quién es...

-Pero en este caso - le quiero decir - solamente un cinéfilo podría...- y también pienso "o yo" pero eso no lo digo porque hoy no tengo ganas de querer recordar.

-figúrate hasta qué punto - me dice, concretamente a mí - que si me pilla en un autobús, o cruzando un paso de cebra, tengo que hacer un esfuerzo titánico para no interpelar al primer transeúnte que me llega de frente y clamar ¡dígame, dígame lo por favor! Que no se puede vivir con esa zozobra...oye.

Habiendo interrumpido el relato con un ataque de frena